

# RECUERDOS Y FANTASÍAS.

POR

*Introducción.*

DON JOSÉ ZORRILLA.



MADRID:

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1844.

RECUERDOS Y FANTASÍAS.

202

DON JOSE ZORRILLA.



MADRID:

IMPRESA DE DON JOSE MARÍA REQUENA.

1844.

Yo el mio me hundí por las turbadas  
 Ondas de questo mar, y mi parquillo  
 Por medio de otras ranchas que estovadas  
 Volar sin rumbo vi desapeadas,  
 Procure conducir hacia la orilla.

## Introduccion.

---

Broté como una yerba corrompida  
 Al borde de la tumba de un malvado,  
 Y mi primer cantar fué á un suicida;  
 ¡Agüero fué por Dios bien desdichado!

Al eco de este cántico precito  
 Dijo el mundo escuchándome: "veamos;"  
 Y sentóse á mirarme de hito en hito:  
 Y el mundo y yo por mi primer delito  
 Desde entonces mirádonos estamos.

Dejemos á los muertos en reposo  
 Y que duerman en paz, si es su destino,  
 Harto haremos en mar tan proceloso  
 Como es la vida en encontrar camino.

(2)

Yo el mío me busqué por las turbadas  
Ondas de aqueste mar, y mi barquilla  
Por medio de otras muchas que estraviadas  
Vogar sin rumbo vi desesperadas,  
Procuré conducir hácia la orilla.

---

Velé, gemí, con angustiado lloro  
Volvíme al cielo y acudí á la ciencia :  
¿ A la ribera tocaré? Lo ignoro ;  
Solo sé que la tengo en mi presencia.

---

Al verla, aunque de lejos, lancé un grito,  
Y á impulso de recóndito misterio  
Dióle la soledad eco infinito,  
Y fué, tornado en cántico maldito,  
A espirar en mitad de un cementerio.

---

Yo sentí que la turba me aplaudia  
Y ánsio de gloria al corazon hallando  
Dije dentro de mí "la tierra es mia."  
Y con mayor afan seguí cantando.

---

(3)

Creí de Dios mi soberano aliento,  
De arcángel mi poder; mi alma altanera  
Me arrebató hasta el alto firmamento,  
Y la region azul del vago viento  
Embelesé con mi cancion primera.

---

Atrás dejé las águilas que miran  
Con ojo audaz al sol, atrás quedaron  
Las nubes que relámpagos respiran,  
Los soles mil que por espacios giran  
Donde mortales ojos no llegaron.

---

Creí el mundo á mis pies, alcé la frente  
Para cantar mi orgullo, y mis oidos  
Del medio de una nube refulgente  
El acento de Dios onnipotente  
Oyeron de pavor estremecidos.

---

“Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,  
Pero canta en el polvo que naciste,  
Alli donde jamas han de creerte:  
Canta la vida, mientras va la muerte  
A sí llamando tu existencia triste.”

---

Dijo, y me echó á la tierra y á la vida,  
 Y al impulso de su hálito divino  
 Con cántiga risueña ó dolorida  
 La soledad alivio del camino:  
 Y cumplo así la ley de mi destino.

Arriba de los árboles que miran  
 Con ojo azul al sol, que posaron  
 Las nubes que relampagos respiran,  
 Las solas así que por espacio giran  
 Bando mortales que no lloran.

¡Qué el mundo á mis pies, cómo lo siento!  
 Para cantar mi orgullo y mis odios  
 Del medio de una nube retorcida  
 El secreto de Dios omnipotente  
 Oírón de parientes y de amigos.

"Canta, dijo una voz, tal es tu suerte,  
 Pero canta en el polvo que nace,  
 Allí donde juegan pan de corte:  
 Canta la vida, mientras es la muerte,  
 A el llanto de la eternidad."

Y á veces me aturdo el alma  
 Mi boca fantasea en sus  
 En alas de su júbilo el alma  
 Formada inspiración; se levanta  
 Y á un mundo me transporta  
 De encanto y de armonías  
 No gozan mis potencias  
 Espléndida floración á sus albedos

## I.

---

Inunda paz sabrosa  
 Mi corazón tranquilo,  
 Y dichas y deleites  
 Encuentro por do quier:  
 Mi ser halló en mi alma  
 Inalterable asilo,  
 Mi espíritu respira  
 El ambar del placer.

---

Y nada me atormenta,  
 Ni envidia ni deseo:  
 Mi espíritu al abrigo  
 De la tormenta está:  
 Pasar á las edades  
 Indiferente veo,  
 Mecido en dulces sueños  
 Mi pensamiento va.

(6)

Y á veces me arrebatá  
Mi loca fantasía  
En alas de su jóven  
Fecunda inspiracion;  
Y á un mundo me trasporta  
De encanto y de armonía  
Do gozan mis potencias  
Espléndida ilusion.

---

—  
Mi espíritu se libra  
Del cuerpo que le encierra,  
Y grande y poderoso  
Como su Dios se cree,  
Y alcanza desde el cénit  
A la lejana tierra  
Cual punto en el espacio  
Que apenas no se ve.

---

—  
Y el orbe ante mis ojos  
Déplega los misterios  
Que impulsan la infinita  
Y escelsa creacion:  
Y hollando los escombros  
De tronos y de imperios,  
Revienta en armonía  
Mi libre corazón.

Cuanto es en los espacios  
 Su ser me patentiza:  
 Un templo ante mis ojos  
 El universo es,  
 Y todo en su recinto  
 Se ensalza y diviniza,  
 Y la creacion entera  
 Tendida está á mis pies!

---

No hay canto, ni suspiro,  
 Lamento ni murmullo,  
 Cuyo eco misterioso  
 Fingir no sepa yo,  
 Que mi niñez mecieron  
 Los bosques con su arrullo  
 Y su creencia santa  
 La soledad me dió.

---

La música comprendo  
 Que en las volubles hojas  
 Resuena á la presencia  
 Del céfiro fugaz:  
 Y entiendo en el otoño  
 El ¡ay! de sus congojas  
 Con que piedad imploran  
 Del ábrego tenaz.

Yo sé cómo susurran  
 Con diferentes voces  
 Marchitas en Setiembre,  
 Jugosas en Abril:  
 Ya rueden con el polvo  
 En círculos veloces,  
 Ya con su toldo verde  
 Coronen el pensil.

---

Yo entiendo de las aves  
 Los cánticos distintos,  
 El salutar alba  
 Ó huir la tempestad;  
 Buscando de las selvas  
 Los cóncavos recintos,  
 En donde alegres gozan  
 Salvage libertad.

---

Entiendo el agorero  
 Graznar de la corneja,  
 La ronca voz de buitre  
 Que huele su festin,  
 Del solitario buho  
 La temerosa queja,  
 Y el amoroso trino  
 Del ágil colorin.

Y el ruido con que vuela  
 La errante mariposa,  
 Los pasos de la oruga  
 Sobre la fresca flor,  
 El desigual zumbido  
 Con que anda codiciosa  
 La abeja, de su caliz  
 Volando en derredor.

---

El sol con que su nido  
 Columpia la oropéndola  
 Del álamo frondoso  
 Suspenso en la altitud,  
 Y los murmullos que alzan  
 Las ráfagas meciéndolas  
 Haciendo revoltosas  
 Eterna su inquietud.

---

Los mágicos rumores  
 Que elevan diferentes  
 Las diferentes aguas  
 Del bosque ó del jardín,  
 Cuando los montes sulcan  
 Sus rápidos torrentes,  
 Cuando en los valles buscan  
 Sus arrayuelos finos.

Y el temeroso acento  
 De las voraces fieras,  
 De la tormenta ronca  
 El iracundo son;  
 En mis oídos posan  
 Las notas lisonjeras  
 Que ensalzan y armonizan  
 La inmensa creación.

---

Conozco de los astros  
 La incógnita carrera,  
 Del ángel que los guía  
 La luminosa faz,  
 Y la del ROSTRO SANTO  
 Que en ellos reverbera  
 Torrentes derramando  
 De vida y claridad.

---

Las nubes le saludan  
 Con magestuoso trueno,  
 La atmósfera le enciende  
 Relámpago veloz,  
 La tierra le abre humilde  
 Su perfumado seno,  
 Y el mar canta su gloria  
 Con incesante voz.

Si airado pestaña  
 Los mundos se estremecen;  
 Si torna el rostro, yacen  
 En muerta oscuridad;  
 Si su álito les niega  
 Caducan y envejecen,  
*Él* solo es la existencia,  
 La luz y la verdad.

---

Para *él* tiene tan solo  
 La eternidad guarismo,  
 Y número los astros,  
 Y las edades fin,  
 Y límite el espacio,  
 Y término el abismo,  
 Y nada se le esconde  
 Por lóbrego ni ruin.

---

Su dedo es la balanza  
 Que en equilibrio tiene  
 La máquina gigante  
 De su alta creacion,  
 Y cuanto en ella existe  
 Su dedo lo mantiene,  
 Y ese es el Dios que canta  
 Mi lengua y mi razon.



Y voz no hay ni suspiro,  
 Lamento ni murmullo  
 Cuyo eco misterioso  
 Por *él* no entienda yo,  
 Que mi niñez meciera  
 Los bosques con su arrullo,  
 Y su creencia santa  
 La soledad me dió.

---

Para el tiempo tan solo  
 La eternidad guardo  
 Y número los años que pasan  
 Y las edades fin,  
 Y límite el espacio, cuando  
 Y término el día,  
 Y nada se le recuerda  
 Por laberinto ni ruina.

---

Su dolo es la balanza  
 Que en equilibrio tiene  
 La máquina gigante  
 De su alta creación,  
 Y cuanto en ella existe  
 Su dolo lo mantiene,  
 Y ese es el Dios que canta  
 Mi lengua y mi corazón.

## ROMANCE PRIMERO.

### Los horceguies de Enrique Segundo.

Riñeron los dos hermanos ,  
Y de tal suerte riñeron  
Que fuera Cain el vivo  
A no haberlo sido el muerto.  
.....  
Valiente llaman á Enrique ,  
Y á Pedro tirano y ciego ,  
Porque amistad y justicia  
Siempre mueren con el muerto.  
(Romancero general.)

### I.

Despues de la cruel tragedia  
En que murió el rey don Pedro  
A manos de una traicion  
De serviles estrangeros,  
Su matador don Enrique  
Gozó en calma largo tiempo

La corona de su hermano,  
Por la fuerza ó por derecho.  
Aunque de sangre bastarda  
Cuentan de él famosos hechos,  
Liberalidades grandes  
De real corazon ejemplos.  
Dicen que á Castilla dió  
Gran prez y engrandecimiento,  
En paz viviendo con todos  
Por la fuerza ó el ingenio.  
Y Aragon, Francia y Navarra  
Y Portugal, le temieron,  
Y le temblaron los moros  
Aun teniéndole tan lejos.  
; De la voluntad de Dios  
Incomprensibles secretos,  
Mas donde van siempre juntos  
Los castigos y los premios!  
Vivió dichoso este rey  
Tras el fratricidio horrendo,  
Fama conquistando y nombre  
De liberal y de recto.  
Lo cual celebran los malos  
Y desespera á los buenos,  
Que no hay mas ley que la fuerza,  
Ni mas justicia, creyendo.  
Mas bien se ve en don Enrique  
Por la muerte que le dieron,  
De Dios la recta justicia  
Y la igualdad de los cielos.  
Con hierro mató á su hermano,  
Y él acabó con veneno:

Por extranjeros matóle,  
Y á él matáronle extranjeros.

Veía el rey de Granada,  
Ayudador de don Pedro,  
Del reino de don Enrique  
La prez y acrecentamiento.  
Veíalo, recelando  
Que la memoria de aquello,  
Y el rencor que produjera  
De don Enrique en el pecho,  
Aun en él se alimentaran,  
Yermentando en el silencio:  
Y el moro pensó en sí mismo  
Y pensó con mucho acierto.  
Veló, inquirió con astucia  
De sus espías por medio  
El grande apresto de guerra  
Que el de Castilla iba haciendo.  
Y al ver la paz asentada  
Con los inmediatos pueblos,  
Y á los monarcas cristianos  
En amistad y sosiego,  
Penetró del rey Enrique  
El oculto pensamiento,  
Y otro pensamiento oculto  
Pensó oponerle resuelto.  
Amigo fuí de su hermano;  
(Dijo el moro) él es soberbio,

Y el ultraje no ha olvidado,  
 Y está á volvérmelo atento.  
 Ganémosle por la mano;  
 Y astutos al defendernos  
 Vengüemos con sangre suya  
 La sangre del rey don Pedro.

Dijo esto el moro una tarde  
 Por los jardines amenos  
 Del alto generalife,  
 En solitario paseo.  
 Y enderezando los pasos  
 Al alcázar opulento  
 De la Alhambra, mandó al punto  
 Que llamaran en secreto  
 A un moro de grande ciencia  
 Y en medicinas muy diestro,  
 El mejor de sus amigos  
 Y el mas leal de sus deudos.  
 Vino el moro, y encerrándose  
 Con él en un aposento,  
 En larga plática oculta  
 Hasta al alba se estuvieron.  
 Nadie lo que hablaron supo,  
 Nadie jamas cayó en ello;  
 Los hechos lo revelaron  
 Y lo aclaró solo el tiempo.  
 Solo se dijo en Granada  
 Con recatado misterio,  
 Que el sabio huía del rey,  
 Y el rey le echaba del reino.

## II.

En Santo Domingo estaba  
 Don Enrique, y muy ufano  
 Celebraba con festejos  
 Sus paces con el Navarro.  
 Todo era gozo en la corte,  
 Todo en la ciudad saraos,  
 Y luminarias y músicas,  
 Cañas, toros y caballos.  
 Andaban los caballeros  
 Con las bandas y penachos  
 De los colores del gusto  
 De ambos á dos Soberanos.  
 Y andaban los trovadores  
 Con cantares regalados  
 Las grandezas de ambos reyes  
 En sus ruinas encomiando.  
 Y andaba el rey don Enrique  
 Con largueza real premiándolos,  
 Ya elogiándoles los versos,  
 Y ya con oro pagándoselos.

Y andaba Villa Sandino, (1)  
 Poeta el mas afamado,  
 Entre la gente de corte  
 Vestido á lo cortesano.  
 Y andaba Dero Ferrús  
 Sus dulces trovas cantando  
 Desde el alba hasta la noche,  
 Desde la choza al palacio.

Y en una tarde serena  
 Del mes de Abril, á caballo  
 Con su corte el rey Enrique  
 Quiso salir por el campo.  
 Ya comenzaban entonces  
 Las florecillas del prado  
 A salpicar de los céspedes  
 El verde y tendido manto.  
 Ya iba el tomilló oloroso  
 Sobre los juncos brotando,  
 Llenando el aura de aromas  
 Cuanto mas puros mas gratos.  
 Ya empezaban á vestirse  
 De frescas hojas los álamos,  
 Y las rojas amapolas  
 A crecer en los sembrados.  
 Y todo la primavera  
 Por do quier iba anunciando,  
 Con su yerba la campiña  
 Y con sus trinos los pájaros.  
 Cabalgaba don Enrique  
 Con sus nobles platicando  
 Por fuera de la ciudad

En paseo sosegado,  
 Cuando ginete seguro  
 Sobre un potro jerezano  
 Vió que hácia ellos llegaba  
 Solo un árabe gallardo.  
 Sobre el almete de acero  
 Rollaba turbante blanco,  
 Y espesa malla vestía  
 Bajo el almaizal plegado.  
 Corvo alfange y lanza aguda  
 Llevaba en opuestos lados,  
 Y con cadenas de plata  
 El negro potro arrendado.  
 Y en fin, las prendas que usaba  
 La opulencia iban mostrando  
 Y su bizarra apostura  
 Lo noble del africano.  
 Detuvo el rey su troton  
 Un punto para mirarlo,  
 Y su potro el sarraceno  
 Tuvo tambien, saludándolo.  
 Quedáronse unos momentos  
 Mirando uno á otro entrambos  
 Hasta que así dijo el rey,  
 Y dijo así el africano.

EL REY.

Vengas en paz, sarraceno.

EL MORO.

Alá te guarde, cristiano.

EL REY.

¿ Adónde va el agareno?

EL MORO.  
A buscar al castellano.

EL REY.  
¿Pues qué, no da ya Granada  
A los creyentes asilo?

EL MORO.  
Mina una lengua dañada  
El corazon mas tranquilo.  
No hay moro que mas resuelto  
Servido haya á su señor,  
Mas el semblante me ha vuelto  
Mahomad, como á un traidor.  
Sin lealtad y sin fé  
Se olvidó de mi amistad,  
Y alli á Mahomad dejé,  
¡Alá guarde á Mahomad!

EL REY.  
¿Y qué espera del cristiano?

EL MORO.  
Diz que es un rey caballero  
El vuestro rey castellano  
Y á ofrecerle voy mi acero.

EL REY.  
¿Y si te recibe mal?

EL MORO.  
Continuaré mi camino.

EL REY.  
¿Y si osa á tí desleal?

EL MORO.  
Me avendré con mi destino.  
Mas de ello estoy bien ageno:  
¿para mí malo ha de ser

Quien para todos fué bueno ?  
 ¿ Ante él me podeis poner ?

EL REY.

Moro, en su presencia estás:  
 Y tu acendrada opinion  
 No desmentirá jamas  
 La fé de su corazon.

EL MORO.

¿ Tú eres don Enrique ?

EL REY.

Sí.

EL MORO.

Dame los pies á besar.

EL REY.

No, cabalga junto á mí,  
 Que quiero contigo hablar.  
 Picó espuelas don Enrique,  
 É imitóle el africano,  
 Y atravesando la puente  
 En Santo Domingo entraron.

Quien para todos los buenos?  
 Ante el mal poder, ¿quién?  
 En rey.

Moro; en su presencia está:  
 Y tu serás de quinón.

No demerita más:  
 La de su con...

### III.

En rey, don Enrique?  
 En rey, don Enrique?

En rey, don Enrique?  
 En rey, don Enrique?

En rey, don Enrique?  
 En rey, don Enrique?

Ó el bueno de don Enrique  
 Fué crédulo por demas,  
 Ó el moro fué por su parte,  
 Sutilísimo y sagaz:  
 Porque en menos de dos dias  
 Entre los dos de tratar,  
 Entre ambos á dos habia  
 Estrechísima amistad.  
 Ya fuera que el africano  
 Descubriese desleal  
 A Enrique graves secretos  
 Del rey moro Mahomad;  
 Ya fuera que el rey Enrique  
 Se los quisiera arrancar  
 Con una sagaz política  
 A la del árabe igual;  
 Ya fuera que ambos á dos  
 Se intentaran engañar,  
 Ó ya que los dos obrasen  
 Con hidalga lealtad,

Ello es cierto que aquel moro  
 Del rey empezó á gozar  
 Muy repetidos favores,  
 Y muy grande intimidad.  
 Que hizo á todos los privados  
 Ante su favor cejar  
 Por mas que el vulgo y la corte  
 Murmuró de este desman.  
 Decian, y con justicia,  
 Que le sentaba muy mal  
 A todo un rey castellano  
 Con moros tanta amistad.  
 Que quien nació su enemigo  
 Era al cabo de esperar  
 Que tuviera allá en su pecho  
 Poca ó ninguna verdad.  
 Todo ello dicho en razon,  
 Y sin respeto quizás,  
 Pero dicho todo en balde,  
 Pues no lo quiere escuchar  
 El rey, que por su capricho  
 Ó por recóndito plan  
 Hácia el gallardo africano  
 Inclina la voluntad.  
 Y ya por secretas causas  
 Ó por aficion real  
 Festejábanse uno á otro  
 Con correspondido afan.  
 Dábale el rey privilegios,  
 Y rentas que disfrutar,  
 Dábale estancia en palacio  
 Y aun en su mesa sitial.

Y el moro, á quien cada dia  
 Remitian sin cesar  
 Desde Granada sus deudos,  
 Sus amigos desde Oran,  
 Tesoros inestimables  
 Y presentes sin igual,  
 Al rey se los ofrecia  
 Con gran liberalidad.  
 Y apenas dia pasaba  
 Sin que le fuera á llevar  
 Ya el damasquino man-doble,  
 Ya el cordobés alazan,  
 Y siempre entre sus regalos  
 Solian ir á la par,  
 Ya el velo para la reina,  
 Ya para la dama el schal,  
 Ya la armadura dorada  
 Para el príncipe don Juan,  
 Ya el perro de mejor rastro,  
 Ya el azor mas perspica.  
 Todo era el moro larguezas,  
 Y el rey prodigalidad;  
 Si el rey el mas generoso,  
 El árabe el mas galan.  
 Todo era fiesta el palacio  
 Tañer, danzar, y trovar,  
 Todo festejos el dia,  
 Toda la noche rondar.  
 Todo festines y amores  
 En la gente principal,  
 Toda embriaguez y rondallas  
 El vulgo hambriento y audaz.

Si en una apuesta ó torneo  
 Placiale al rey bajar  
 A correr en el palenque  
 Con un noble á trance igual,  
 Bajaba el moro tras él  
 Á lucir su habilidad  
 En los bohordos y cañas  
 Y juegos de uso oriental.  
 Y nadie rompió una lanza  
 Con tanta seguridad,  
 Ni nadie montó un caballo  
 Con una destreza tal,  
 Ni nadie metió en el blanco  
 Tantos dardos á la par,  
 Ni nadie en cortesanía  
 Logró alcanzarle jamas.  
 Si diez sortijas ganaba,  
 Si ocho lazos alcánzar  
 Lograba una misma tarde,  
 Cual diestro, siendo galan,  
 Al rey y á la reina al punto  
 Ofrecia la mitad,  
 Entre las damas mas bellas  
 Repartiendo las demas.  
 Y asi se pasaba el tiempo,  
 Y asi en escándalo asaz  
 De don Enrique y el árabe  
 Se estrechaba la amistad.  
 Y ó el bueno de don Enrique  
 Crédulo era por demas,  
 Ó era por su parte el moro  
 Sutilísimo y sagaz.

#### IV.

Corrió todo el mes de Abril  
Para el confiado Enrique,  
Uno de los mas gloriosos,  
Y uno de los mas felices.  
La tierra empezó con Mayo  
Con sus flores á cubrirse,  
Y el cielo fué despejándose  
De nubes y nieblas tristes.  
El viento henchian de aromas  
Los cefirillos sutiles  
Recogidos en las ramas  
De los huertos y jardines.  
Veía el rey favorable  
Estacion tan bonancible  
Para realizar los planes  
Que supo allá concebirse  
En su corazon y juicio,  
Y que á poder él cumplirles  
Fuera acaso el rey mas grande  
Y el mejor de los Enriques (2).

Pero no hay cosa que el hombre  
Para su bien imagine  
Que no le estorbe la suerte  
Que por su bien la realice.  
Ya há dias que el sarraceno,  
Tan pródigo en los festines  
Y en los regalos, ninguno  
A su nuevo rey dirige.  
Ya há dias que de su parte  
El rey ninguno recibe,  
Ni el rey le manda sus pages  
Con prenda alguna que estime.  
Y unos dicen que ya en ellos  
No está la amistad tan firme,  
Y otros que dió á sus tesoros  
Fin el africano, dicen.  
Pero desmentidos vieron  
Sus murmullos los malsines  
En la mañana de un martes,  
Dia aciago entre gentiles.  
Gozaba el rey todavía  
Blando reposo apacible,  
Cuando al dintel de su cámara  
Un negro que al moro sirve  
Se presentó, demandando  
Si la entrada le permiten,  
Y como saben los pages  
Que el rey donde quiera admite,  
Al esclavo y á su dueño  
Ninguno el paso le impide.  
Franqueáronle pues la puerta,  
Y apartando los tapices,

En la cámara del rey  
 Entró en silencio el Etfope.  
 Quedó tras él el ambiente  
 Lleno de olóroso admizcle,  
 Que un azafate que lleva  
 Entre las manos despide.  
 Mas no pudo nadie ver  
 Lo que en él se deposite,  
 Porque cubierto lo trajo  
 Con la hermosa piel de un tigre.  
 Sintióse con el esclavo  
 Hablar al rey don Enrique,  
 Sintiéronse las ventanas  
 A la voz del rey abrirse,  
 Y tras de breves momentos  
 Con su semblante impasible,  
 Como una siniestra sombra  
 Volvió á salir el Etfope.  
 Quedó el rey con el regalo  
 Sobre su lecho, y posible  
 No siéndole contenerse,  
 Levantó la piel de tigre  
 Que cubria el azafate,  
 Y no es facil de escribirse  
 Su sorpresa al ver en él  
 Dos moriscos borceguíes.  
 Eran de una piel mas blanca  
 Que la pluma de los cisnes,  
 Abotonados con perlas  
 Y un hebillon de rubíes.  
 Mil esquisitos bordados  
 La piel finísima visten

De mil caprichosos ramos,  
 Mil arabescos perfiles  
 Con cuyo primor y gusto  
 En tejidos y en matices  
 Los encajes y las flores  
 Inútilmente compiten.  
 Obra del oriente solo  
 Y de moriscos artífices,  
 Que hacen palacios de piedra  
 Como el encaje sutiles.  
 Trabajo de aquellas manos  
 Que para que al mundo admire,  
 Nos dejaron una Alhambra  
 Del dano en la orilla humilde.  
 La Alhambra ante quien Europa  
 Ya desengañada dice:  
 "No fué de bárbaros raza  
 La que alzó el generalife."

La primorosa labor,  
 La pedrería que ciñe,  
 Orla, corona y enlaza  
 Los moriscos borceguíes,  
 El suave aroma que exhalan  
 Su piel dócil y flexible,  
 Lo bien que al pie se le ajustan  
 Sin dañarle ni oprimirle,  
 La novedad del regalo  
 Y el traer del moro origen,

Fueron razones de gozo  
Para el buen rey don Enrique.  
Mandó entrar pues á sus pages  
A tocarle y á vestirle,  
Para ostentar dignamente  
Los preciados borceguíes.  
Vizarramente atavióse,  
Y al ver cuán brillante sigue  
Su curso sereno el sol,  
Y el dia en púrpura tiñe,  
Pensó en celebrar del móro  
El rico regalo insigne  
Con improvisada fiesta  
Que su placer le atestigue.  
Llamó pues al africano,  
Y mandando que le ensillen  
Los caballos, y que apresten  
Los azores y neblíes,  
Una partida de caza  
Y un campesino convite  
Para el árabe y sus nobles  
Rápidamente apercibe.  
Y hora y sitio, y compañía  
Señala, busca y elige,  
Y alegremente cabalga,  
Parte, y la corte le sigue.

## V.

Está el sol resplandeciente,  
 Y purísima la atmósfera,  
 Y el azul del firmamento  
 Sombrías nubes no entoldan.  
 Solo á trozos le salpican  
 De ráfagas voladoras,  
 Al impulso arrebatadas  
 Nubecillas caprichosas:  
 Vapores tornasolados  
 Que así varían de forma,  
 Como varían de sitios  
 Hasta que al fin se evaporan.  
 Risueño está el día, amena  
 La campiña, encantadora  
 La caza de cetrería  
 En que los del rey le gozan.  
 A inmenso trecho en el aire  
 Los neblíes se remontan,  
 Sin que los pierdan de vista  
 Los cazadores. ¡Qué airosa

Se cierne libre en los aires  
 Sobre sus alas, y esponja  
 Su fina y rizada pluma  
 La garza provocadora!  
 ¡Cómo se burla del vuelo  
 De las aves temerosas  
 Que la huyen, y á quien persigue  
 Revolando juguetona!  
 ¡Cómo en torno de su presa  
 Gira y revuelve, y la acosa,  
 Y en su derredor circula  
 De su torpeza por mofa!  
 Ya al parecer libre y salva  
 Dejándola, el vuelo acorta,  
 Ya á perseguirla volviendo  
 Le precipita afanosa.  
 Tiembla la avequilla débil;  
 Canta el ave triunfadora,  
 Y en espiral rapidísima  
 Caen á la tierra una y otra;  
 Y el lance á juzgar alegres  
 Los cazadores se agolpan,  
 Y con aplausos y risas  
 A celebrar la victoria.  
 Contentísimo está el rey,  
 Contenta la corte toda,  
 Y las damas que esto miran  
 Desde una empinada loma.  
 El alcon negro de Enrique  
 Es quien lleva por ahora  
 El honor de la partida.  
 ¡Con qué humildad tan donosa!

Hace la presa, la abate,  
 A los pages la abandona,  
 Y á don Enrique volviéndose  
 En la mano se le posa!  
 ¡Y cómo el rey le acaricia,  
 Y en su palina le coloca  
 Y esponja el ave sus plumas  
 Agradecida y gozosa.  
 Lánzala, y rauda se eleva,  
 La llama, y se abate pronta:  
 Dijeran que oye y comprende  
 Las palabras de su boca.  
 El Sarraceno, que el arte  
 De la cetrería ignora  
 Porque no es arte seguido  
 Por la raza de Mahoma,  
 Su incomparable destreza  
 Prueba, con dardos que arroja,  
 Que desde el caballo lanza  
 Y desde el caballo toma.  
 Hienden el aire silbando  
 Con rapidez prodigiosa,  
 Y tan certeros los tira  
 Que á los mas diestros asombra.  
 Su esclavo negro le sigue  
 Sobre yegüecilla torda  
 De ruin estampa, mas fuerte,  
 Incansable y corredora.  
 Y este recoge los dardos  
 De su amo, que al suelo tocan,  
 Al estilo de los árabes,  
 Con mano segura y pronta

Sin abandonar el lomo  
 Del animal en que monta,  
 El cual lleva en su carrera  
 La tierra al vientre tan próxima  
 Que inclinándose el ginete  
 Sin que apenas se conozca  
 Ase el dardo que está en tierra,  
 Aun sin mirar si lo cobra.  
 ;Tanto puede la costumbre,  
 Tanto la práctica logra,  
 Y tanto á los castellanos  
 Por eso entrambos asombran.

En esto, y cuando en los aires  
 Mirada firme y ansiosa  
 Todos clayada tenían  
 En una torcaz paloma  
 Que de un alcon perseguida  
 Iba á la herida traidora  
 Del dardo del Sarraceno  
 A caer, si le era próspera  
 Como siempre su certeza,  
 Cubrióse la tierra toda  
 De oscuridad tan espesa  
 Que el dia fué noche lóbrega.  
 Sintiéronse al punto todos  
 Presa de mortal congoja,  
 Sin que pudieran sus ojos  
 Penetrar aquellas sombras.  
 Barrió el suelo un viento rápido  
 Y helado, y cuando á la atmósfera  
 Oscura le hizo la vista

Con hondísima zozobra,  
 Vieron lucir las estrellas  
 Que el firmamento tachonan,  
 Creyendo que de repente  
 Menguaba el día seis horas.  
 Faltó el aliento en los pechos,  
 Faltó la voz en las bocas,  
 Y todos ante el prodigio  
 Callando tiemblan ú oran.  
 Solo el árabe y su esclavo  
 Que estan platicando notan,  
 Y aquel fenómeno aplauden  
 Con una alegría loca,  
 Y escuchando los cristianos  
 Su algazara escandalosa,  
 Por sortilegio lo juzgan,  
 Por brujería lo toman.  
 Hasta que á pocos minutos  
 Asomando luminosas  
 Del encapotado Sol  
 Las resplandecientes orlas,  
 Volvió poco á poco el día,  
 Volvió á ausentarse la sombra,  
 Y el moro esplicó el eclipse (3)  
 A la comitiva absorta.  
 Mas aunque entendieron todos  
 Que esas señas espantosas  
 De este vistoso fenómeno  
 Son las circunstancias propias,  
 A nadie arrojar fué dado  
 Del corazon la congoja,  
 Ni nadie siguió tranquilo

En caza tan azarosa.  
 Tornaron pues en silencio  
 Con faz decaída y torba  
 A la ciudad que dejaron  
 Con risa tumultüosa.  
 Quejóse el rey de cansancio,  
 Y tras noche asaz incómoda  
 No pudo al día siguiente  
 Salir por sí de su alcoba.  
 Vinieron con tal noticia  
 Los sabios de la redonda,  
 Y declararon unánimes  
 Que el mal del rey *era gota*.

Alabando los doctores y los sabios  
 Con oporuna también, que le curasen  
 Alas heridas de tan gran dolor sus  
 Respetando su estado y sus vidas  
 Que era el dardo en su ciencia  
 Hombre de tan alta graduación  
 Que no hubo en Castilla

## VI.

Se le supiera oponer a colididm  
 Y en las justas que los plago  
 Hacer alguna vez la referencia  
 Siempre que él tomó la cosa  
 Fuerza a los honras de la

Pasarónse así dos dias,  
 Y así se pasaron seis,  
 Y así se contaron nueve,  
 Y rayaron en los diez:  
 Y en ellos las medicinas  
 Solo sirvieron al rey  
 Para entender que la muerte  
 Le asaltaba por los pies.  
 Llorábale su hijo el príncipe,  
 Y la reina su muger,  
 Y mas que todos el moro  
 Se hacia al llanto por él.  
 Iba y venia afanado  
 Los calmantes á traer,  
 Y á preparar los remedios  
 con cuidadoso interes;  
 Y como era hombre entendido  
 Y el rey le queria bien,  
 Murmuraban de ello muchos,  
 Mas le dejaban hacer.

Mirábanle los doctores  
 Con ojeriza tambien,  
 Mas á raya se tenían  
 Respetando su saber.  
 Que era el árabe en su ciencia  
 Hombre de tan alta prez  
 Que no hubo quien en Castilla  
 Se le supiera oponer.  
 Y en las juntas que les plugo  
 Reunir alguna vez,  
 Siempre que él tomó la suya  
 Fuerza á los demas les fué  
 Convenir exactamente  
 En lo propuesto por él,  
 Y á sus opiniones siempre  
 Y á sus razones ceder.  
 Y con tanta confianza,  
 Con tan recta sencillez,  
 La enfermedad explicaba  
 Y daba su parecer  
 Con tanta y tan sana lógica,  
 Con tan candorosa fé,  
 Que nadie que le escuchaba  
 Le dejaba de entender.  
 Y los remedios servia  
 Al real enfermo despues  
 Con tan sincero cariño,  
 Con exactitud tan fiel,  
 Que nadie le pudo tacha  
 En su servicio poner.  
 Y en el tiempo que duró  
 Aquella dolencia cruel

Todas las noches velando  
Estuvo el árabe al rey.  
Sus largas noches de insomnio  
Le sabia entretener  
Con orientales historias  
Mas sabrosas que la miel.  
Los monteros le escuchaban  
Embebidos á su vez,  
Y el mas suspicaz no supo  
Desconfiar ni temer.  
Si alguna vez don Enrique  
Le miró con esquivéz  
Á impulso de los dolores  
Que le hacian padecer,  
Mesaba el moro su barba  
Y le trataba de infiel,  
De triste y desventurado,  
Y sin tenerle merced  
Decia que de aquel mal  
Él solo la causa fué  
Con la maldecida caza  
Dispuesta en obsequio de él.  
En fin, de aquella dolencia  
Al rayar el dia diez  
El rey se sintió mortal,  
Y á Manrique el canciller  
Demandando á toda prisa,  
Y á su confesor despues,  
Á concluir se dispuso  
Como católico y rey.  
Entonces cruzando el moro  
De las puertas el dintel

De la turba cortesana  
 Cruzó sombrío á través.  
 "Doctor (le dijeron muchos),  
 ¿Creeis que viva? — Tal vez,  
 Les dijo, dure cuatro horas.  
 Pero no llegó ni á tres.

## VII.

**Murió don Enrique en lunes**  
**Treinta de Mayo á las dos,**  
**Como á un caballero cumple,**  
**Como á un monarca español.**  
**Fama de bueno y de justo**  
**Y de liberal dejó,**  
**Mas juzgó mal de su muerte**  
**El vulgo murmurador.**  
**De aquella dolencia incógnita**  
**El fatal estrago atroz**  
**En breves dias, sin tregua**  
**Al sepulcro le arrastró.**  
**Y aquel agüero funesto**  
**De haberse apagado el Sol ;**  
**Y hacer noche al medio dia**  
**En el que él adoleció ;**  
**La amistad con aquel moro**  
**Tal vez secreta ocasion**  
**De la enfermedad traidora**  
**Á muchos les recordó**

Lo bastardo de su sangre  
 Y la sangrienta traicion  
 Con que en Montiel á su hermano  
 El rey don Pedro mató.  
 Unos lo dan por prodigio,  
 Otros por falsa invencion.  
 ¿Quién pues lo cierto averigua  
 Á través de tanto error?  
 Las conjeturas son rectas;  
 El moro desapareció,  
 Y el rey empezó á sentir  
 En las plantas el dolor  
 Desde el dia en que sus ricos  
 Borceguíes se calzó.  
 La causa pues de su muerte  
 La sabe quien la hizo y Dios.

## NOTAS.

(1) Alfonso Alvarez de Villasandino y Pero Ferrús, poetas del tiempo del rey don Enrique segundo, cuyas cantigas recogió en un cancionero (con las de otros muchos poetas) Juan Alfonso de Baena, escribiente del rey don Juan, primero de este nombre.—Fue este Villasandino el poeta mas celebrado de su época, no sin razon, y alcanzó los reinados de Enrique 2.º, Juan 1.º, Enrique 3.º y Juan 2.º Largas son de citar las buenas canciones de este poeta: véanse sin embargo dos, la primera suya y la segunda de Ferrús, que manifiestan ademas la buena fama de que gozaba en vida y en muerte el fratricida don Enrique, razon principal que me mueve á citar estas y no otras.

*Decir que fiso Alfon Alvarez de Villasandino  
para la tumba del rey don Enrique el viejo.*

Mi nombre fué don Enrique,  
Rey de la hermosa España.  
Todo ombre verdat publique  
Sin lisonja por fasaña.  
Pobre andando en tierra estraña

Conquisté tierras é gentes.  
 Agora parad bien mientes  
 Quel yago tan sin compañía  
 So esta tumba tamaña.

(1)

Con esfuerzo é lozanía  
 É orgullo de corazón  
 Fui rey de grant nombradía  
 De Castilla é de Leon.  
 Puse freno en Aragón,  
 En Navarra é Portugal:  
 Granada miedo mortal  
 Ovo de mí esa sazón,  
 Recelando mi opinion.

A los míos é á estraños  
 Fui muy franco é verdadero.  
 Poco mas de dose años  
 Me duró este bien entero.  
 Nunca creí de ligero.  
 Bien guardé sus privilejos  
 Á fidalgos é concejos:  
 Conosciendo á Dios primero  
 De quien galardón espero.

Mi alma va muy gozosa,  
 Por dejar tal capellana,

Tan complida, é tan onrosa  
 La muy noble doña Juana,  
 Muy onesta, é sin ufana,  
 Reina de liña real,  
 Mi muger noble, leal,  
 En todo firme é cristiana,  
 Quita de esperanza vana.

---

Dejo á los castellanos  
 En riquezas, sin pavor:  
 De todos sus comárcanos  
 Hoy le lievan lo mejor.  
 Por su rey é su señor  
 Les dejo muy noble infante  
 Don Juan mi fiijo, bastante,  
 Bien digno é merescedor  
 Para ser emperador.

---

*Decir de Pero Ferrús al rey don Enrique.*

Don Enrique fué mi nombre,  
 Rey de España la muy gruesa,  
 Que por fechos de grant nombre  
 Meresco tan rica fuesa.  
 Grave cosa nin aviesa  
 Nunca fué que yo temiese,  
 Porque el mi loor perdiese;  
 Ni jamas falté promesa.

Nunca yo cesé de guerras  
 Treinta años continuados.  
 Conqueré gentes é tierras,  
 É gane nobles regnados.  
 Fis ducados é condados,  
 É muy altos señoríos:  
 É dí á estraños é á míos  
 Mas que todos mis pasados.

---

En peligros muy estraños  
 Muchas veces yo me ví,  
 É de los míos sosaños  
 Sabe Dios cuántos sufrí.  
 Contemprarme sope así  
 Con esfuerzo é mansedumbre.  
 El mundo por tal costumbre  
 Sojuzgar yo lo creí.

---

Sabed que con mis hermanos  
 Siempre yo quisiera paz,  
 Adoviéronme tiranos  
 Buscándome mal asaz.  
 Quisolo Dios, en quien yaz  
 El esfuerzo é poderío,  
 Ensalzar mi poderío  
 É á ellos dí mas solaz.

Con todos mis comarcanos  
 Yo paré bien mi hacienda:  
 Quien al quiso, amas manos  
 Ge lo puse á contienda.  
 É bien así lo entienda  
 El que fué mi coronista,  
 Que de paz, ó de conquista  
 Onrosa quis la enmienda.

En la fé de Jesucristo  
 Verdadero fuí creyente,  
 É á la iglesia bien quisto,  
 Muy amado é obediente.  
 Fis onra muy de talante  
 Cuanto pude á sus prelados,  
 Seyendo de mí llamados  
 Señores ante la gente.

Con devocion cuanta pud  
 Yo serví á Santa María,  
 Preciosa Vírgen, salud,  
 Nuestra dulzor, é alegría.  
 Por saña, nin por follía,  
 Á santa jamas, nin santo  
 Nunca yo dije mal, cuanto  
 Los ojos me quebraría.

É teniendo yo mi imperio  
 En paz muy asesegado,  
 Que cobré con grant laserio  
 Por onrar el mi estado,  
 Plogo á Dios que fuí llamado  
 Á la su muy dulce gloria,  
 Do esté con grant vitoria.  
 El su nombre sea loado.

---

La mi vida fué por cuenta  
 Poco mas que el comedio;  
 Cinco años mas de cincuenta (\*)  
 É cuatro meses é medio.  
 Púsome Dios buen remedio  
 Á mi fin, que yo dejase  
 Fijo noble que heredase  
 Tal que non ha sin medio.

---

Deben ser los castellanos  
 Por mi alma rogadores,  
 Ca los fis nobles, ufanos,  
 Guerreros, conquistadores:

---

(\*) Acaso deberá ser *cuarenta*, pues el cronista dice que murió de cuarenta y seis años y cinco meses.

É á Dios deben dar loores  
 Por los dejar yo tan presto  
 Mi amado fijo onesto,  
 De liña de emperadores.

---

Yo le dejo bien casado  
 Con la infante de Aragon ;  
 Porque partí consolado  
 Al tiempo de mi pasion.  
 A este viene bendicion  
 É los regnos por linages.  
 Los que de estoria son sages  
 Saben bien esta razon.

---

Dejo noble muger buena,  
 Que es la reina doña Juana,  
 Que por todo el mundo suena  
 Su grant bondat sin ufana.  
 Non cesa noche é mañana  
 Facer por mí sacrificios,  
 Que son deleites é vicios  
 Á mi alma que los gana.

---

Ella sea heredada  
 En paraiso conmigo, (2)  
 Do le tien presta morada

Jesu-Cristo, su amigo.  
 De hoy mas á vosotros digo,  
 Vasallos, é mis parientes,  
 É yo deixo á todas gentes  
 Este escripto por castigo.

---

Quien muy bien escuadriñare  
 Las razones que en el dis,  
 É cobdicia en sí tomare  
 De los fechos que yo fis,  
 Non engruese la cerviz  
 Echándose á la vilesa,  
 Nin se paguen de escasesa,  
 Que á todo mal es rais.

---

Quien vivir quiere en ledicia  
 É del mundo ser monarca,  
 Desampare la codicia,  
 Que todos males abarca.  
 Franqueza sea su arca,  
 Esfuerzo, é bien faser,  
 Que lo tal suele tener  
 Mucho bien á su comarca.

---

(2) Fué su muerte (la de don Enrique) muy  
 plañida de todos los suyos; é non sin razon, ca

pues tenia sus paces, é ratos, é casamientos, é sosiegos fechos en Francia, é Portugal, é Aragon, é Navarra, de fecho trataba é lo mandaba ir gui-sando, que si viviera era su intencion de armar grand flota, é tomar la mar del estrecho á Granada. É despues que él toviese tomada la mar, que de allende no se pudiesen ayudar los moros, facer en su regno tres cuadrillas, una él, otra el infante don Juan su fijo, é otra el conde don Alonso su fijo: é en su cuadrilla irian tres mil lanzas con él é quinientos ginetes, é diez mil omes de á pie: é las otras cuadrillas cada dos mil lanzas, é cada mil ginetes, é cada diez mil omes de á pie: é entrar cada año tres entradas de quatro á quatro meses é andar todo el regno, é non cercar logar, mas fal-car quanto fallasen verde. É que irian las cua-drillas de guisa que en un dia se pudiesen acor-rer, si tal caso recreciese: é despues salir á folgar á Sevilla é Córdoba, é otro logar do tenian sus bastecimientos. Que desta guisa, fasta dos ó tres años le darián el regno á pura fuerza de fambre, é faria de los moros quanto quisiese. É Dios non quiso que se cumpliese ca tomóle la muerte &c.

(Crónica de don Enrique II.)

Tales eran los planes de este rey, y por los cuales digo de él

Y que á poder él cumplirles  
Fuera acaso el rey mas grande,  
Y el mejor de los Enriques.—

(3) . . . á diez y seis del mes de mayo un lunes despues de vísperas, fizo el sol eclipse, é se oscureció todo él, que non se veían los omes unos á otros, é aparecieron las estrellas en el cielo, asi como si fuera media noche: é duró aquella oscuridad una hora. . . . .  
 . . . . .  
 é falleció el rey el lunes á treinta del mismo mes.

*Esto dice la crónica de este eclipse; la sola variacion que hay en el romance es el atraso de un dia, porque yo lo he fijado en martes y no en lunes como aconteció.*

(Crónica de don Enrique II.)

Tales eran los planes de este rey. Y por los  
 cuales digo de él

Y que á poder el cumplir  
 Y así como el rey más grande  
 Y el mejor de los Enriquez—

(24)

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

# ORIENTAL.

—o—o—o—

No pude selle mudable  
á aquella cuyo nascí.

*Rom. grat.*

## I.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

---

Años há, bella señora,  
Que tu vista encantadora,  
Apetecida  
De Córdoba en los jardines  
Matóme por darme vida.  
Y en tanto que te acataban  
Y tus favores gozaban  
Mil paladines,  
Azarque, en inútil queja,  
Tus esquiveces plañía  
Llorando al pie de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

---

¡Ah! ¡qué importa que al Profeta  
En adoracion secreta  
Yo bendiga,  
Y adores tú al Nazareno,  
Si en blanda coyunda amiga  
Un solo amor nos uniera!  
Cristiana mas hechicera  
Que el ameno  
paraiso, no te cura  
De las palabras del conde,  
Que han de ser mi desventura.

---

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

---

No canta, vno en llanto amargo  
 Sobre el pecho la espaza  
 Ahora tanta fuerza  
 Un amoroso fuego.

## II.

“Por que (dices desde el lado  
 El moro) bella cristiana,

Asi de la luna al brillo  
 En tono blando y sencillo  
 Cantaba voz varonil,  
 Y del moro las querellas  
 Vertiendo lágrimas bellas  
 Oía dama gentil.

Abrió á medias su ventana  
 Que con flores engalana  
 La dama, y asi cantó:  
 Triste su cántico apenas  
 Perdido entre las almenas  
 Un solo instante vagó.

“Cristiana ¡oh moro! nací,  
 Y me matan con rigor  
 ¡Ay de mí!  
 Mi religion y mi amor  
 Y huyo á mi pesar de tí.  
 Huye de aqui.”

La voz se heló en su garganta,  
 Cayó y rompióse la lira,  
 Al moro estática mira,  
 Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo  
 Sobre el pecho la cabeza  
 Ahoga tanta terneza  
 Un amoroso letargo.

“¿Por qué, (dice desde el foso  
 El moro) bella cristiana,  
 Por qué me velas tirana  
 Ese rostro candoroso?”

La cristiana amada en tanto  
 Miraba y no le veía,  
 Solo en el muro se oía  
 Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,  
 El moro desesperado  
 A llamar iba ya osado  
 En el castillo del conde.

— ¿Por qué el conde cristiano me acomete  
 Si amor pidió la libertad al alma?  
 — Tú lo juraste, moro, que conmigo  
 Serías en batalla.  
 — Yo cristiano no soy, repuso el moro,  
 Yo no soy sino amor para tu hermana;  
 ¿Mas qué importa mi fe ni la de ay?  
 Si como yo me ama?  
 — No blasfemas, infiel, si en tu creencia  
 Formas a mi amor estas murallas,  
 Tú lo juraste, moro, que conmigo  
 Serías en batalla.

Sobre alazan de Córdoba brioso,  
 Ceñido el cuerpo de la doble malla,  
 El conde de Tendilla llega en tanto  
 A su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente  
 Se oye cuál crujen á compas su armas  
 A par que estrépitosas se derrumban  
 Entre espuma las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente  
 Miró en el muro pálida á su hermana,  
 Y volviéndose al moro amenazóle  
 Con la robusta lanza.

“ ¡ Infiel al fin ! ya yo me lo sabía , ”  
 Dijo el conde entre sí lleno de rabia ,  
 Y alzó la voz despues : mahometano ,  
 ¿ Son estas tus palabras ?

Si ya no eres cristiano tu rodela  
 Y ese corcel apresta que descansa.  
 Tú lo juraste, moro, que conmigo  
 Serías en batalla.

— ¿Por qué el conde cristiano me acomete  
Si amor quitó la libertad al alma?

— Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serías en batalla.

— Yo cristiano no soy, repuso el moro,  
Yo no soy sino amor para tu hermana;  
¿Mas qué importa mi fé ni la fé suya  
Si como yo me ama?

— No blasfemes, infiel, si en tu creencia  
Tornaras á mirar estas murallas,  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serías en batalla.

Sobre el muro de Córdoba  
Cubierto el cuerpo de la noble dama,  
El conde de Tendilla llega en tanto  
Cuenta á su amante el dolor  
Por la penosa vida del cristiano  
Se oye en sus labios de amor y de guerra  
A par que el conde de Tendilla  
Entre corra las aguas  
Llega al castillo y al punto  
Mira en el muro palido de su hermano  
Y volviéndose al conde de Tendilla  
Cuenta el dolor  
"¡Infiel al fin! ya yo me lo sabia"  
Dijo el conde entre el llanto de rabia,  
Y aird la voz después: musulmano,  
¿Son estas las palabras?  
Si ya no eres cristiano la robela  
Y ese corcel que te llevas  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serías en batalla.

"A Dios, honor seductor,  
 Dios de pensil cristiano,  
 Pues que por suerte traidora  
 Te viódo oíra,  
 Muere con os, cristiano,  
 Yo moriré en mi le mora."  
 Y hacía el conde que le espeta  
 rápida y firme carrera

**IV.**  
 Marchó el conde de Tendilla,  
 Y del torrente en la orilla  
 Aguardó.

¿Qué hace el moro que injuriado  
 En la muralla apoyado  
 Se quedó?

¿Por qué el conde le provoca  
 Con voz que al honor le toca  
 Y con furor,

Y el moro sombrío en tanto  
 Mostrando está con su llanto  
 Su dolor?

Errante su mirar vaga,  
 Y almete, rodela y daga  
 Lejos de él

Con ira arrojó demente  
 Y así habló con voz doliente  
 El infiel:

"A Dios, Hourí seductora,  
 Rosa de pensil cristiano,  
 Pues que por suerte traidora  
     Te pierdo ahora,  
 Muere con tu Dios, cristiano,  
 Yo moriré en mi fé mora."  
 Y hácia el conde que le espera  
 rápida y firme carrera

Dirigió.

Y allá en el agua espumosa  
 La caída estrepitosa

Resonó.

•Espere un día la caza,  
 Y frondosidad en las  
 Y apudada al verde,  
 Y fertilizante  
 Radiante así lo **V.**  
 Y a lordan sus labores  
 Agua y ropados ábolicas  
 Y obsecras dor- bellas

Mientras la bella cristiana  
 En su gótica ventana  
 Exhala un ay de pavor,  
 Del agua allá en lo profundo  
 Lanza el moro en este mundo  
 El postrer ¡ay! de su amor.

*Valladolid. — 1836.*

En las frondosas campiñas  
 Que con sus montes serena  
 Formaba el Guadalquivir  
 Antes que en el mundo girara  
 Sentada está una ciudad  
 Que magnífica ostenta  
 Lo atrevido de sus torres  
 Lo antiguo de sus alcazars  
 En su bella imagen  
 En su corriente resplandeciente  
 Cuando enorgullecida  
 Por pasar tan presto a ella  
 Y ella se mira en su espejo  
 Contemplando sus atardecidos  
 Su antigua y hermosa  
 Y su prosperidad

(60)

Una aventura de 1560.

ROMANCE 2.º

En las frondosas campiñas  
Que con sus ondas serenas  
Fecunda el Guadalquivir  
Antes que en el mar se pierda,  
Sentada está una ciudad  
Que magestuosa ostenta  
Lo atrevido de sus torres,  
Lo antiguo de sus almenas.  
El río su bella imagen  
En su corriente refleja  
Pasando enorgullecido  
Por pasar tan junto á ella.  
Y ella se mira en sus aguas  
Contemplando allí altanera  
Su antigüedad y poder  
Y su proverbial belleza.

Espesos muros la ciñen,  
 Y frondosísimas huertas,  
 Y apiñados olivares,  
 Y fertilísimas vegas.  
 Radiante sol la ilumina,  
 Y la bordan sus laderas  
 Altos y copados árboles  
 Y olorosas flores bellas.  
 Alegre gente la vive,  
 Que las calurosas siestas  
 Y sus perfumadas noches  
 Pasa al son de la vihuela,  
 Ya en sus entoldados patios  
 Entre fuentes y macetas,  
 Ya en sus floridos jardines  
 Gozando sus auras frescas.  
 Ciudad de hermoso recuerdo,  
 Ciudad bella entre las bellas,  
 De los moros es envidia,  
 De los cristianos soberbia.  
 Sevilla, en fin, y esto basta,  
 Que todo el nombre lo encierra,  
 Y hablando de la hermosura  
 Todo es una cosa mesma.  
 En Sevilla pues, y en una  
 Noche azulada de aquellas  
 En que derrama la luna  
 Tranquila claridad trémula,  
 Y en lo cóncavo del aire  
 Resplandecen las estrellas,  
 Y mas allá con mas brillo  
 Los luceros reverberan ;

En una de aquellas noches osaspa  
 En que todo se presenta  
 Blanco, pacífico, hermoso,  
 Y que la mente embelesa,  
 Y los sentidos embriaga  
 Y el corazón enagena;  
 Noche de aventuras propias  
 En mil trescientos cincuenta,  
 (Edad en que esto pasaba  
 Si mi memoria no yerra)  
 Por la calle de la Sierpe  
 Media noche siendo apenas  
 Dos hombres en la ancha plaza  
 Con prisa y silencio se entran.  
 Largas capas les envuelven,  
 No porque precisas sean,  
 Sino porque bien les cubran  
 De las personas las señas  
 Por el lado de la sombra  
 Punta á punta la atraviesan  
 De la calle de la Sierpe  
 Hasta la calle de Génova,  
 Y el bulto de sus espadas  
 Que bajo la capa llevan,  
 Las plumas de sus virretés  
 Y el rumor de sus espuelas,  
 Por hidalgos les acusan,  
 Por mas que entrámbos se empeñan  
 En pasar como personas  
 De comun raza plebeya.  
 Al fin cuando ya contaban  
 Tomar una callejuela

Que al alcázar los llevase  
 Sin pasar frente á la iglesia,  
 Paróse el mas alto de ellos  
 Diciendo: ¿qué sombra es esa  
 Que tras el pilar se oculta,  
 Benavides? Yo dijera  
 Que es un hombre.

—Y Benavides

Al que pregunta contesta:  
 Llegad, señor, sin cuidado,  
 Que ya imagino quién sea  
 Y hará paso al conocerme,  
 Que es hombre que me respeta  
 Porque me debe favores  
 É hicimos juntos la guerra.  
 Siguió andando Benavides,  
 Siguió el otro, por respuesta  
 Dándole solo el silencio  
 Que satisfacerle muestra,  
 Y frente al hombre llegando  
 Que junto al pilar espera,  
 Mostrándose Benavides  
 Dejó franca la carrera.  
 Dios te guarde, Andrés, le dijo  
 El que va, pasando cerca.  
 Buenas noches, dijo el hombre,  
 Saludando con llaneza:  
 Y pasaron los hidalgos  
 Y siguió el otro en su espera.  
 Y entre los dos que se van  
 Por la oscura callejuela  
 Conversacion en voz baja

Se entabló de esta manera.

— ¿Quién es ese hombre?

— Un soldado

Que entró poco hace en la regla

De San Francisco, cansado

Del servicio y de la guerra.

— ¿Y por qué precisamente

En tal ocasion lo deja,

Pudiendo darle fortunas

Estos tiempos de revueltas?

— Dice que al rey don Alonso

Sirvió de grado, y por fuerza

No quiere servir á nadie.

— Ya entiendo.

— Señor...

— Le lleva

La opinion del vulgo necio,

Que mal de don Pedro piensa.

— Ya veis, señor, pues al claustro

Se acoge, con su conciencia

Se lo habrá mirado bien.

— Y á tales horas, ¿qué espera

Solo en mitad de la plaza

Sin el trage de su regla?

— Señor, es historia larga.

— Tal cual es quiero saberla.

— Son cosas que importan poco.

— A mí todo me interesa;

Decid, pues.

— Pues escuchad.

Ya sabeis que representan

Al rey los monges Franciscos,

Que habiendo en su casa mesma  
 Un manantial necesario  
 Para el buen servicio de ella,  
 El derecho á los vecinos  
 Se les quite de que puedan  
 Servirse de él en su daño  
 Porque sin agua les dejan.  
 Los vecinos, como tienen  
 Aquella fuente mas cerca,  
 Para tomárla á su gusto  
 Su viejo derecho alegan.  
 — Y tienen razon, y el rey  
 Se la da.

— Por esa muestra  
 De su real benignidad  
 De los vecinos se aumenta  
 La osadía, y de los monges  
 El trabajo y la impaciencia.  
 De aqui nacen las hablillas,  
 Las voces y las quimeras:  
 Los vecinos á los monges  
 Tal vez obligar intentan  
 A que de noche y de dia  
 Les tengan franca la puerta.  
 Los monges quieren cerrarla  
 Como lo manda su regla,  
 Y esto ocasiona denuestos  
 Y escandalosas pendencies.  
 Los vecinos traen soldados,  
 Gente de su parentela;  
 Los frailes sacan domésticos  
 Y deudos que les defiendan:

Y como ven que su rey  
 Lo que le piden les niega,  
 Los del pueblo cobran brios  
 Y los frailes se exasperan.  
 Esto duró hasta que Andrés,  
 Hombre á quien nada amedrenta,  
 Hombre que usa de las armas  
 Con asombrosa destreza,  
 Con sus escrúpulos dando  
 De una sola vez en tierra,  
 Asió su espada saliendo  
 De los suyos en defensa.  
 Burlábansele al principio,  
 Mas él se ha dado tal priesa  
 En asestar cintarazos  
 Con tal fortuna y destreza,  
 Que del manantial los monges  
 Son dueños á la hora de esta.  
 — ¿Tan bizarro es ese Andrés?  
 — Tan bizarro y tan á prueba,  
 Que él solo guarda la plaza,  
 Y ninguno se le acerca.  
 — El miedo de los villanos  
 Es quien su valor pondera.  
 — De quien queráis informaos;  
 Vereis que nadie lo niega.  
 Es hombre que si le dicen  
 Que una calle por apuesta  
 Guarde una noche, es seguro  
 Que nadie pasa por ella.  
 — ¿Y no hay justicia en Sevilla,  
 Un hombre que le contenga?

— Ya veis, se acoge á sagrado,  
Y los bravos le respetan.

Murmuró el que preguntaba  
Unas palabras inciertas  
Que espiraron en murmullo  
Cual pronunciadas apenas.  
Y como á un postigo oculto  
Que da al alcázar se llegan,  
Callaron ambos á dos  
Llamando á espacio á la puerta.  
Abrióles un pagecillo,  
Y entrando los dos por ella  
Quedó el silencio en el aire  
Y en soledad la plazuela.

— Y a veis, se acoge á cobrado  
Y los bravos le respetan.

Y  
Murmuró el día purgatorio

Y unas palabras inciertas  
Que espiraron en un murmullo

Y como á un postigo oculto  
Que da al alcegar se llegan

Callaron ambos á dos

Y llamando á espacio á la muerte

Abrióse

Y entró

Y en silencio

Está la siguiente noche  
Tocando en la misma hora,  
Y desde el cénit vertiendo  
La luna luz melancólica.  
Ni una ráfaga de viento  
La soledad silenciosa  
Interrumpe, ni una nube  
Del cielo el azul entolda.  
Toda Sevilla es silencio,  
Reposo Sevilla toda,  
Que duerme al son que la arrullan  
Del Guadalquivir las ondas.  
Apenas de tarde en tarde  
Atraviesa una persona  
Las calles á largos pasos,  
Ó en una reja se aposta.  
Y los grandes edificios  
Que la estensa plaza forman  
Sobre el suelo de la plaza  
Tienden su gigante sombra.  
En un pilar apoyado

De una callejuela angosta  
 Por do un largo pasadizo  
 En la plaza desemboca  
 Hay un hombre que está en vela,  
 Y á quien la noche medrosa  
 Vagos contornos le presta  
 Y faz amenazadora.

Inmoble en la oscuridad  
 No parece que le importan  
 Ni el relente de las noches  
 Ni el ver que pasan las horas.  
 Si espera á alguien, nadie acude  
 A la cita misteriosa ;  
 Si aguarda algun hora fija  
 Su venida fué bien pronta.  
 Frente por frente al convento  
 De San Francisco se aposta,  
 Cuya puerta se ve franca  
 Como abandonada y sola.  
 ¿Es que aquel hombre la guarda ?  
 ¿Ó es que en acecho la ronda ?  
 Porque él la guarda ó la acecha  
 Con una intencion incógnita.

En esto la plaza adentro  
 Por la calle de la Sierpe  
 Un hombre desembocando  
 A largos pasos se mete.  
 Un solo punto los ojos  
 En su derredor revuelve,  
 Y viendo al hombre que aguarda  
 Vase á él rápidamente,

El sombrero hasta las cejas  
 Y el embozo hasta los dientes;  
 Llegó al que esperaba, y plática  
 Entablaron de esta suerte.

—¿Andrés?

—¿Quién me llama?

—Un hombre.

—¿Me conoce?

—Sí.

—¿Qué quiere?

—Que tenga para tu algibe

Un privilegio mi gente.

Me han dicho que tú tan solo

A tu convento defiendes,

Y que cejan los villanos

Y la canalla te teme.

—Y te han dicho la verdad.

—Por eso precisamente

He venido aquí esta noche,

Por si al cabo empacho tienes

En dejarme hacer de día

Lo que de noche no entiende

Ninguno en el barrio.

—Hidalgo,

Si eso trae, errado viene;

Todos han de tomar agua,

Ó nadie absolutamente.

—¿Con que contra el rey te opones,

Que lo contrario te advierte?

—Yo contra el rey no me opongo,

Mas cuido mis intereses;

Y pues por ellos no cuidan

Siendo inútiles, sus leyes,  
 Hombre á hombre, y fuerza á fuerza  
 Aqui has de encontrarme siempre.  
 Será injusticia y escándalo,  
 Será cuanto se quisiere,  
 Mas á quien osados cargan  
 Necio es, si no se defiende.  
 — Hazlo pues.

— En hora buena,  
 Hidalgo, y tened presente  
 Que habeis venido á buscarme.  
 — Menos hablar y defiéndete.

Y esto diciendo uno y otro  
 A cuchilladas se meten  
 Con tanto brio que chispas  
 De las espadas encienden.  
 El caballero le carga  
 Tan fiera y bizarramente,  
 Que el hacerle cara el otro  
 Hasta milagro parece.  
 Dan, vuelven, paran, reciben,  
 Ni uno ceja, ni otro cede;  
 Andrés con calma y acierto,  
 El otro como una sierpe:  
 Mas es inútil, el monge  
 Es tan diestro y es tan fuerte,  
 Que aunque es el hidalgo un hombre  
 Que como un tigre revuelve,  
 Y cuyo brazo muy pocos  
 A resistirle se atreven,  
 De poco ó nada le sirven

Lo que sabe y lo que puede.  
 Al fin, el monge, mirando  
 Que el intento con que viene  
 Es tal que mucho peligra  
 Si no se concluye en breve,  
 Lanzóle tal multitud  
 De tajos y de reveses,  
 Que el otro cejó seis pasos  
 Diciendo: ¡demonio, tente!  
 Túvose Andrés, y el incógnito  
 La mano franca tendiéndole  
 Dijo: lo que quieras pídemme,  
 Que todo te lo mereces.  
 — Yo nada de vos espero.  
 ¿Qué podeis vos ofrecerme?  
 — A todo por tu valor  
 El rey don Pedro se ofrece.  
 — Señor, exclamó el buen monge  
 Ante sus plantas rindiéndose,  
 Perdonad si anduve osado...  
 — Andrés, obraste valiente;  
 Concédote lo que quieras  
 Para que de mí te acuerdes.  
 — Señor, de nuestra agua os pido  
 La propiedad solamente.  
 — Desde esta noche á los monges  
 Anuncia que la poseën.  
 Y tomando el rey don Pedro  
 Por el callejon de enfrente,  
 Volvióse al convento el fraile  
 Agradecido y alegre.

Las estocadas de noche.

ROMANCE 3.º

I.

Las lágrimas de los ojos  
 Disimuladas apenas,  
 Mal prendidos los cabellos,  
 Mal tocada y mal compuesta,  
 Está en un sillón Elvira  
 La faz y las manos trémulas,  
 Como criminal que incierto  
 Visita del juez espera;  
 Y los pasos de don Lope  
 Escuchando en la escalera

Mas se turba cuando cauta  
 En disimular se empeña.  
 Entró en la estancia don Lope,  
 Y al percibirse de ella  
 La dijo con voz pausada  
 Entre amorosa y severa:  
 ¿Tú lágrimas en los ojos?  
 ¿Por los cielos que me admira!  
 ¿Quién pudo en ellos, Elvira,  
 Herirte con fal rigor?  
 ¡Oh! ven, Elvira, á mis brazos,  
 Ven á contarme tus duelos,  
 Que sino admiten consuelos  
 Admitirán vengador.  
 La faz escondes turbada,  
 La frente pálida inclinas,  
 Esas rosas purpurinas  
 ¿Quién aja traidor asi?  
 ¿No me respondes y lloras?  
 Pues te obstinas en callarlo  
 Ve que acaso averiguarlo  
 Me toque despues á mí,  
 Pudiera serme un secreto  
 Lo que tu labio confiese;  
 Mas puede ser que nos pese  
 Lo que yo sepa á los dos.  
 Pero á través de esa reja  
 Han pronunciado tu nombre...  
 ¡Oh! dime, Elvira, el de ese hombre,  
 Dilo, ó mueres, ¡vive Dios!

Y olvidó repetir el nombre; así  
 Dentro de la casa entró y alzó  
 Todo allí, en silencio y silencio  
 Todo es silencio en esta casa  
 Solo una voz que me llama  
 Dentro del silencio  
 Que no sé si es un punto  
 La labrecer más se aumenta; y  
 Y el punto con que se aboga  
 Felicidad y dolor

Así don Lope diciendo  
 Así de las muñecas,  
 Y entornando la ventana  
 Mató de un revés la vela.  
 Resistió, mas sujetóla;  
 Quiso gritar, mas apenas  
 Lanzó una voz, la garganta  
 Contra el almohadon la aferra.  
 Sonó por segunda vez  
 Desde la calle la seña,  
 Y con acento fingido  
 Dentro don Lope contesta.  
 A poco oyéronse pasos  
 De alguno que sube á tientas,  
 Con los rotos escalones  
 Tropezando en las tinieblas.  
 Y en el silencio solemne  
 De aquella medrosa escena,  
 Del corazon de don Lope  
 Todos los golpes se cuentan.  
 Elvira, dijo el que entraba;  
 Mas viéndose sin respuesta,

Volvió á repetir el nombre  
Dentro de la sala mesma.  
Todo allí es sombra y silencio,  
Todo es soledad en ella;  
Solo una chispa encendida  
Dentro del pábilo humea,  
Que no ardiendo sino un punto,  
La lobreguez mas se aumenta;  
Y el humo con que se ahoga  
Fétido el pábilo deja.  
Las manos tendió adelante,  
Y avanzando así el que llega  
Con el rostro de don Lope  
En la oscuridad tropieza.  
¿Quién va? preguntó; y su acento  
Siguiendo mano certera  
De una robusta puñada  
Tendióle de espalda en tierra.  
Asidos ambos á dos  
En la sombra forcegean,  
Y el duro son de la lucha  
Confuso en la sombra suena.  
Y sin duda á ambos importa  
El secreto y la cautela,  
Por trabajar las manos  
Y se recata la lengua.  
A cóncavos resoplidos  
Ambos los pechos alientan,  
Mas no lanzaron los labios  
Una exclamacion siquiera.  
Así, en contados instantes  
Los dos combatientes ruedan,

Hasta que á verse alcanzaron  
 Gente y luces que se acercan.  
 Abriéronse las mamparas,  
 Y casi en el linde de ellas  
 Hallóse un hombre en silencio  
 Y embozado hasta las cejas.  
 Miróle un punto don Lope,  
 Y vuelto con voz resuelta  
 A los que acudieron dijo:  
 -- Paso; -- y ganando las puertas  
 Llevósele por delante  
 Medio á bien y medio á fuerza.

Que en son revollos gimie el alma  
 Rasgándose en las espaldas  
 De miedo la noche vistiendo  
 Por un callejón estrecho  
 Que de paradiño viene  
 A una iglesia en don Lope  
 Con el otro que le sigue  
 Sin duda trayendo el miedo  
 Que medio agoniza y vive  
 Colgado en un espantoso  
 Ante un cuadro de la Virgen  
 Tiene bajo el don Lope  
 Y en voz impetuosa y firme  
 Desvaneciendo la espada  
 Esto al indolente dice  
 -- O quida seas á poder  
 He de saber; elige  
 -- Enhorabuena, verdad  
 Que quida soy ya lo

Hasta que á voces alcantarón  
 Gente y luces que se movían  
 Todo allí, las mariposas, las abejas  
 Y casi en el lindero de ellas se oían  
 Hallas un hombre en silencio  
 Y emborazado hasta las cejas  
 Miró un punto don Lope, en su  
 La laberintica **II.** Y  
 A los que andaban dijo: --  
 -- Paso; -- y ganando las puertas  
 Levóse por delante  
 Medio á bien y medio á fuerza

Negra es la noche, y el cierzo,  
 Que en son revoltoso gime,  
 Rasgándose en las esquinas  
 De miedo la sombra viste.  
 Por un callejon estrecho  
 Que de pasadizo sirve  
 A una iglesia va don Lope  
 Con el otro que le sigue.  
 Sin duda tras de un farol  
 Que medio agoniza y vive,  
 Colgado en un esquinazo  
 Ante un cuadro de la Virgen,  
 Túvose bajo él don Lope,  
 Y en voz imperiosa y firme  
 Desenvainando la espada  
 Esto al incógnito dice:  
 -- Ó quién sois ó qué valeis  
 He de saber; elegid.  
 -- Enhorabuena, reñid,  
 Que quién soy ya lo vereis.

-- ¿No teneis otra disculpa?  
-- Vuestro empeño será en vano;  
Las espadas en la mano,  
Entrambos tenemos culpa.  
Y asi diciendo, uno á otro  
Con tal denuedo se embisten  
Que brotan chispas las ojas  
Con los tajos y los quites.  
Ambos en el mismo sitio  
Ninguno vence ó se rinde,  
Ni en uno temor se alcanza  
Ni á otro mas valor asiste.  
Segun á la luz incierta  
Desde luego se distinguen  
De entrambos á dos las sombras  
Que en tierra clavadas riñen.  
Mas el rumor temeroso  
De la lucha se percibe,  
Sin que un ¡ay! ni una palabra  
Se oiga en trance tan difícil.  
Dijérase al ver lo inmóviles  
Que ambos en ello persisten,  
Que son dos sombras de un sueño  
Que á alguno en la noche allige.  
Tal vez de dos enemigos  
Que un mismo ataud divide,  
Creyéranse las fantasmas  
Que juzgando lo imposible  
Partir un mismo sudario  
Ni el suelo estrecho partirse,  
Alzáronse despechadas  
En aparicion visible.

Abrióse en esto una reja,  
 Otra á poco se oyó abrirse,  
 Luego otras muchas, y luego  
 Cerca pasos se perciben.  
 Alumbróse de repente  
 La calle, y al lejos dicen:  
 —Téngase al rey.—Y en un punto  
 La justicia les divide.  
 Cercáronlos desatentos  
 Soldados y ministriles,  
 Que al tomarlos los estoques  
 Por ellos derechos piden.  
 Y tanto crece la zambra  
 Y los confusos lefies  
 De unos que dicen “soltarles”  
 Y otros que “á la carcel dicen,”  
 Que echando mano al embozo  
 El que con don Lope riñe,  
 Partió el tropel de por medio  
 Y en alientos varoniles  
 Gritando “lugar al rey,”  
 Hace que á su voz se inclinen  
 Cayendo en tierra de hinojos  
 Cuantos alcanzan á oírle.  
 —“Señor...” murmuró don Lope,  
 La faz con rubor humilde,  
 Y el rey con blanda sonrisa  
 Levantándole le dice:  
 —Valiente sois, caballero,  
 Y en despecho de la ley,  
 Supísteis que siendo rey,  
 He sido hidalgo primero.

Libre estais, y afecto os soy:  
Venid mañana á palacio  
Y hablaremos mas á espacio  
De las cuchilladas de hoy.  
Pero no volvais á vella,  
Ó por infame os tendré,  
Que os juro, don Lope, á fé  
Que no sabeis quién es ella.  
Esto dicho el rey volvióse,  
A la ronda se dirige,  
Y ante las rejas de Elvira  
Asi en voz alta prosigue:  
— Aqui hay presa de la ley;  
Entrad la casa en mi nombre,  
Y cubrid mi error de hombre  
Con mi justicia de rey.

---





Bibliothèque de la Faculté de Médecine

(88)

*Leyenda tradicional.*

---

**INTRODUCCION.**

---

Perdidas de Villalar  
En la sangrienta jornada  
De los bravos comuneros  
Las últimas esperanzas,  
Sus gavillas por do quiera  
Rendidas ó derrotadas,  
El arzobispo Merino  
A Toledo gobernaba.  
Doña María Padilla  
Aun con briosa arrogancia,

Digna de mejor fortuna  
Y de mas dichosa causa,  
A pesar del arzobispo  
Y las tropas castellanas  
Teníase con sus gentes  
Defendida en el alcázar.  
Pues en someterse al rey  
Toledo la mas reacia  
Ciudad siendo, á ella acudieron  
De todas partes de España  
Cuantos comuneros fieles  
A su partido quedaban.  
Avivaban en secreto  
Con astucia y con audacia  
La fé de doña María  
Y gentes la reclutaban,  
Noticias proporcionándola  
Con dineros y con armas  
Los que en la ciudad vivian  
Y en su fortuna esperaban.  
Distinguíase entre todos  
Doña Elvira de Montadas,  
Fanatizada al extremo  
Por políticas patrañas.  
De la muger de Padilla  
Del valor enamorada  
Otra heroína como ella  
Llegar á ser anhelaba.  
Hermosa y rica de amantes  
Y galanes rodeada,  
Mucho la Elvira podía,  
Mucho la Elvira lograba.

Despues que muchos prosélitos  
Logró inducir por sus gracias,  
A un mozo rico y gallardo  
Con doble intento escuchaba.  
Era don Juan de Zamora,  
Mancebo de noble casa,  
Hijo de una noble viuda  
Que en el mancebo adoraba.  
Seguido habia éste siempre  
Del emperador la causa,  
Y contra los comuneros  
Combatido en cien batallas.  
Mas ciego de amor por ella,  
Y poco ducho en las cábalas  
De cortesanos amaños  
En ganarle no dudaba.  
Tan sencilla en otro tiempo  
Como hermosa y como ingrata  
Esta engañadora sirena,  
Esta fanática dama,  
A don Pedro de Guzman  
Tenia muy empeñada  
Con mil promesas de amor  
De casamiento palabra.  
Mas de ilustrísimo tronco  
El de Guzman siendo rama  
Al rey don Carlos primero  
Asistia en Alemania  
Al servicio de un magnate  
Que iba en boga en la privanza  
Del bizarro emperador,  
Que con su amistad le honraba.

Asi las cosas del mundo  
Se trastornan y se cambian,  
Y asi mudan á las gentes  
El tiempo y las circunstancias.  
Don Pedro en la imperial corte  
Del bullicio se cansaba,  
Y se doblaba su amor  
Con el tiempo y la distancia,  
Y la distancia y el tiempo  
El de su Elvira menguaba,  
Y el diablo de la política  
Se apoderaba de su alma.  
A su patria y á su amor  
Guzman con volver soñaba,  
Y ella soñaba quimeras  
De libertad y de patria.  
Él por volver á Toledo  
Y á los pies de su adorada,  
Honor, ambicion y dicha  
Desatinado olvidaba.  
Ella por dar con sus hechos  
A su nombre eterna fama  
Pensaba con necio orgullo  
En quiméricas hazañas.  
Recordaba su hermosura  
Él en ausencia adorándola,  
Y ella olvidaba su amor  
Por quien no se lo estimaba.  
Servíase la Padilla  
Y la gente á ella allegada  
De su influencia en el pueblo,  
De sus amaños y cábalas.

Y creía ser Elvira  
 El faro de su esperanza ,  
 La fé de sus corazones,  
 La alcadesa de su alcázar.  
 Creía que á una voz suya  
 En la ocasion arriesgada  
 Como por doña María  
 Por ella se levantarán.  
 Que todos los comuneros  
 En el peligro mirándola  
 La regia soberanía  
 Dividirían entrambas.  
 Y en estos sueños de gloria  
 La doña Elvira embriagada  
 Perdía cuanto tenia ,  
 Y las leyes provocaba.  
 Asi son todos los necios ,  
 A cuanto ignoran se lanzan ;  
 Lo que les importa olvidan ,  
 Y solo el desprecio ganan.

---

Y mientras en la rebelion  
 Ella á don Juan empeñaba,  
 Enamorado don Pedro  
 Se volvia para España.

---

(17)

En oculto gabinete  
De la habitacion de Elvira  
A deshora de la noche  
Con ella don Juan platica.  
Y aunque él no entiende palabra  
De su enredada política,  
Porque la adora fanático,  
A cuanto exige se obliga.

DOÑA ELVIRA.

¿Lo entendeis, don Juan?

DON JUAN.

Si á fé.

DOÑA ELVIRA.

Lo entendiera un escolar.  
De todo se os ha de dar  
El cuándo, el cómo, y por qué.

DON JUAN.

Yo, Elvira, soy un soldado,  
Que entre soldados metido  
Nunca otra cosa he sabido

Que combatir como honrado.

Desde muy niño os amé,

Y como os juzgué perdida,

En poner fin á mi vida

Como soldado pensé.

Hoy otra vez me llamais

En secreto á vuestro lado,

Y siento no haber cambiado

De ser como vos cambiais.

¿Qué quereis? Si no sé mas

Que amaros y combatir,

Asi me habeis de admitir,

Ó habeis de volver atrás.

DOÑA ELVIRA.

Asi os quiero: que á fé mía

Que cortesanos amores

Son solo amaños traidores

Para vencer algun dia.

Yo os quiero, don Juan, asi,

Porque me basta un galan

A quien servir con afan

Y de algo me sirva á mí.

DON JUAN.

Cuanto lo bayais meditado,

Cuanto la suerte os ayuda

Está bien claro sin duda:

¿Pero á qué me habeis llamado?

DOÑA ELVIRA.

Bien se conoce, por Dios,

Que sois un soldado bueno:

El plan es, don Juan, ageno,

Lo que os manden hareis vos.

DON JUAN.

¿Y quereis que yo consienta  
Que á la primera demanda...

DOÑA ELVIRA.

Cuando Elvira es quien os manda,  
Obedecerla os va en cuenta.  
Pues ella arriesga en un día  
Cuanto vale y cuanto tiene,  
A vos don Juan os conviene  
Fiar causa que ella fia.  
¿Ó no la amais?

DON JUAN.

Por los cielos

¿Dudarais de mi cariño  
Cuando por vos desde niño  
Estoy muriendo de celos?  
¿Pensais que la injusta ley  
De una opinion me amedrente,  
Cuando por vos solamente  
Soy desleal á mi rey?

DOÑA ELVIRA.

Asi os quiero: asi va bien:  
¿Pensais que sobran ahora  
Vuestros castillos de Illora,  
De Montilla y de Jaen?  
Vos, don Juan, sois un valiente.  
Y un honrado castellano,  
Mas no habeis de cortesano  
Ni un cabello solamente.  
Con que dejaos guiar  
Por quien sabe mas que vos,  
Y asi podremos los dos

Hasta la orilla llegar.  
 Vuestra madre, ya lo sé,  
 Con vuestro amor se disgusta.

DON JUAN.

Sin duda, Elvira, la asusta  
 Que comprometais mi fé.  
 Siempre de los comuneros  
 Fué enemiga.

DOÑA ELVIRA.

Sí, lo ha sido;  
 Mas ya habeis, don Juan, salido  
 De la niñez; y os da fueros  
 Para obrar á vuestro antojo  
 La ley.

DON JUAN.

Sí que me los da:  
 Mas mi madre...

DOÑA ELVIRA.

Callará  
 Si logramos nuestro arrojo.  
 ¿Disponéis de mucha gente?

DON JUAN.

De hasta unas cincuenta lanzas.

DOÑA ELVIRA.

¿Y son gente de esperanzas?

DON JUAN.

Aguerrida y obediente.

DOÑA ELVIRA.

¿Y las teneis muy distantes?

DON JUAN.

Traerlas mañana puedo.



DOÑA ELVIRA:

Pues cuidado de que en Toledo  
 No os vean curiosos antes.  
 No salgais, don Juan, de día  
 Y esperad á mi mandato;  
 Si pudiera un mentecato  
 Sospecharlo, nos perdía.  
 Mas siento gente: aquí entrad.  
 Espero á un hombre que puede  
 Cuando todo en sombra quede  
 Sacaros de la ciudad.  
 Por esa escala moruna  
 A una torre vais á dar,  
 Y allí podeis esperar  
 Ocasión mas oportuna.

---

Y así diciendo, mostróle  
 Una entrada doña Elvira  
 Por do guiaba á la torre  
 La escusada escalerilla.  
 Y oyendo seña secreta  
 Que por la opuesta la hacian  
 Abrió, y dió paso á un tercero  
 Siguiendo la escena misma.  
 Era el tal, un hombre viejo,  
 Cuyo exterior parecia  
 De soldado y mercader  
 Composicion peregrina.  
 Negra y cumplida una capa

Todo su cuerpo envolvía,  
 Mostrándose bajo de ella  
 El espadon de su cinta.  
 Y nadie acaso mirándole  
 Asegurar osaría  
 Si era sangriento bandido  
 Ó usurero prestamista.  
 Pues en su torvo semblante  
 A un mismo tiempo se pintan  
 La audacia del bandolero  
 Y el temor de quien conspira.  
 Saludó brusco á la dama  
 Que á adelantarse le invita,  
 Y plática tal trabóse  
 Entre aquel hombre y Elvira.

DOÑA ELVIRA.

Entrad.

EL HOMBRE.

Dios os guarde.

DOÑA ELVIRA.

Gabriel, bien venido.

Venís azorado.

GABRIEL.

Sí á fé.

DOÑA ELVIRA.

¿Qué teneis?

GABRIEL.

Tal vez no nos pierde por poco un descuido,  
 Mas no ha sido nada.

DOÑA ELVIRA.

¡Por Dios que acabeis!

GABRIEL.

Apenas volvia la calle tortuosa,  
 Que entrada secreta nos da al callejon,  
 La huella de un hombre sentí recelosa:  
 La faz con la capa cubrí á precaucion.  
 Seguí decidido, mas frente por frente  
 Con un embozado maldito me dí.  
 Miró, recatéme, seguí indiferente,  
 Paróse, y á poco volvió tras de mí.

DOÑA ELVIRA.

¡Dios mio!

GABRIEL.

Yo astuto, temiendo que un corte  
 Me diera al camino, la esquina gané;  
 Hallé apresurado el oculto resorte,  
 Deshice en la sombra mi sombra y entré.

DOÑA ELVIRA.

¿Mas no conocisteis...?

GABRIEL.

Algún hidalguillo  
 Que habrá á mis hermanos pedido, á pagar  
 Con un vinculejo ó mohoso castillo  
 Y al paso me pudo por otro tomar.

DOÑA ELVIRA.

¿Mas dar con la puerta pudiera?

GABRIEL.

Imposible.

Vi que sin sospecha adelante pasó.

¿Mas qué hay de aquel hombre?

DOÑA ELVIRA.

Ya está.

(99)

GABRIEL.

¿Y es posible  
Que fiel...

DOÑA ELVIRA.

Como un muerto.

GABRIEL.

Tal le quiero yo

¿Y es hombre...?

DOÑA ELVIRA.

Bizarro:

GABRIEL.

¿Su gente?

DOÑA ELVIRA.

Segura.

GABRIEL.

¿Y cuándo...!

DOÑA ELVIRA.

Mañana podrá estar aquí,  
Con tal que la noche con nieblas oscura  
Le ayude al secreto.

GABRIEL.

Sin duda que sí.

¿Mas quién me responde...?

DOÑA ELVIRA.

Yo misma.

GABRIEL.

Adelante.

DOÑA ELVIRA.

Amores me tuvo... niñeces.

GABRIEL.

¿Será...?

DOÑA ELVIRA.

Un buen castellano; soldado ignorante  
Que cuanto amorosa le mande lo hará.

GABRIEL.

Mirad que los necios...

DOÑA ELVIRA.

Son medios muy buenos  
Que pueden á planes agenos servir,  
Y luego se apartan cual muebles agenos.

GABRIEL.

Pensais cueradamente, verdad á decir.  
Mas pronto veamos á ese hombre, que en vano  
Será nos la astucia sin fuerza mayor.

DOÑA ELVIRA.

Veréisle, y con maña traedle á la mano,  
Y no olvideis nunca que el cebo es mi amor.

Abrió la dama á don Juan

La puerta do se escondia,  
Y anudóse terciando él  
La plática interrumpida.

DOÑA ELVIRA.

Don Juan, llegó ya el momento  
De probar vuestra aficion,  
Que abriros mi corazon  
Esta misma noche intento.  
Delante de vos teneis  
Quien órdenes os dará  
Y las puertas abrirá

A las lanzas que traeis.  
 Con él lo tratareis todo,  
 Y pues que sois tan mi amigo,  
 Tratar con él ó conmigo  
 Del caso es lo mismo todo.

DON JUAN.

No hay cosa, señora mía,  
 Que yo no arriesgue por vos;  
 Mas pluguérame, por Dios,  
 Otra mejor compañía.

DOÑA ELVIRA.

Mas si firme en vuestro amor  
 Como me decís me amais,  
 Que en sus manos os pongais  
 Paréceme lo mejor.

DON JUAN.

Si el fin habeis de ser vos,  
 Me pongo sin vacilar,  
 Y si en ello he de pecar  
 Que me lo perdone Dios.

GABRIEL.

(¡Sandio de él! Razon tenia  
 La Elvira.) ¡Sabreis decir  
 En cuánto tiempo venir  
 Vuestra gente aqui podria?

DON JUAN.

Dentro de veinte y cuatro horas,  
 Aunque hubieran de asaltar  
 Las murallas para entrar.

GABRIEL.

Como salgan vencedoras  
 Vuestras lanzas, aseguro

Que podrá cada soldado  
Llevar el sable colgado  
En cadena de oro puro.

DON JUAN.

Y no les vendrá muy mal,  
Porque las contribuciones  
Hacen que de sus raciones  
Deba un mes á cada cual.

GABRIEL.

Dos les daré adelantados,  
Y pagaré el que debeis.

DON JUAN.

Y os juro que bien hareis;  
Que dineros dan soldados.

Hablaron unos momentos  
La dama y el prestamista,  
Y volviéronse á don Juan  
Con irónica sonrisa.

ELVIRA. (*A Gabriel.*)

¿Me entendeis?

GABRIEL. (*A Elvira.*)

Está muy bien.

¿No os parece á vos, don Juan,  
Que si presa al leon le dan  
Tomará la que le den?

DON JUAN.

De esas razones no entiendo,  
Buen viejo, y á todo andar

Yo me ofrezco á pelear,  
 Lo demas os lo encomiendo.  
 Y solo una condicion  
 Pongo.

GABRIEL.

Podéisla decir.

DON JUAN.

Es que tengo de reñir  
 Cara á cara, y no á traicion.

GABRIEL.

¡Oh! solo tendreis que hacer  
 Centinela un poco larga,  
 Y á lo mas dar una carga  
 Si es que se osan defender.

DON JUAN.

Eso sí.

DOÑA ELVIRA.

Y por premio de ello,  
 Si es que me dejais contenta...

DON JUAN.

Esa esperanza me alienta,  
 Con que por todo atropello.  
 Rubor me cuesta decillo,  
 Mas por vos con mi pesar  
 La vida pensé pasar  
 Encerrado en mi castillo.  
 Vuestra aficion cortesana  
 Maldiciendo, solamente  
 Salí á lidiar con mi gente  
 Por no hacer vida holgazana.  
 No quise ya ver ni oír  
 Mas que lanzas y caballos,

Y al cabo con mis vasallos  
 Como soldado morir.  
 Diréis que este amor silvestre  
 Mejor estorba que obliga,  
 Mas necesito ó mi amiga,  
 Ó mi compañía ecuestre.  
 Pues en el campo aun muy niño  
 Os adoré, no os asombre  
 Que aunque sin ventajas hombre  
 Aún os conserve cariño.

DOÑA ELVIRA.

Asi os amo yo, don Juan;  
 Que á la fin me he convencido  
 Que vos habeis merecido  
 Solo mi amoroso afan.  
 Porque el amor cortesano  
 Es humo si bien presumo,  
 Y el vuestro es fuego sin humo  
 Que quema si está cercano.

GABRIEL.

Vamos, que el tiempo es preciso.

DOÑA ELVIRA.

El cielo, don Juan, os guarde.

DON JUAN.

¿Volveré á veros?

DOÑA ELVIRA.

Mas tarde:

Para ello os enviaré aviso.

(A Gabriel.)

(¿ Elegí bien ?)

GABRIEL.

Lo confieso;

De ese tronco se hace el puente,  
 Y vadeada la corriente  
 Le arruina su propio peso.

DOÑA ELVIRA.

Cuidado con que se arruine.

GABRIEL.

Pues yo le he de fabricar ,  
 Ya veis que le he de dejar  
 De modo que á caer se incline.  
 Y dando en estas palabras  
 fin á tal conversacion,  
 Salió Gabriel, y tras él,  
 Don Juan Zamora salió.  
 Aquel soñando quimeras  
 De política ambicion,  
 Y estotro soñando hazañas  
 Para conseguir su amor.  
 ¡Mas cuánto los pensamientos  
 Del hombre efímeros son!  
 Un soplo de viento puede  
 Desbaratar el mejor.

De ese tronco se hace el postigo,  
 Y vuela la cometa por el viento,  
 Le servirá su propio postigo,  
 Cuidado con que se arruine,  
 Pues yo le he de volver,  
 Ya veis que lo he de volver,  
 De modo que a estar se inclina,  
 Y dando en estas palabras,  
 Fin a tal conversacion.

Por un estrecho postigo  
 Que da á oscuro callejon,  
 De casa de doña Elvira  
 Salian ambos á dos  
 Gabriel y don Juan Zamora,  
 Con extrema precaucion,  
 Para no hacer al salir  
 Innecesario rumor,  
 Cuando volviendo la esquina  
 Ante ellos se presentó  
 Un caballero embozado,  
 Que les dijo en ronca voz:  
 « Sin pasar mas adelante,  
 » Muestren, hidalgos, quién son,  
 » Ó cuerpo á cuerpo conmigo  
 » En campo aqui mismo sois. »  
 Y echando mano al acero  
 En medio se colocó  
 Del espacio que dejaba  
 Entre ellos el callejon.

Entre los tres un momento  
 Grave silencio reinó,  
 Que al cabo rompió Gabriel  
 Dando tal contestacion:  
 --Seáis quien fuéreis, buen hombre,  
 Necio es tal arrojó en vos,  
 Pues está de parte nuestra  
 Con la fuerza la razon.  
 --Caballeros, está dicho,  
 Repuso el otro: yo estoy  
 En guardar ese postigo,  
 Pues interesa á mi honor.  
 -- Ved que os podeis engañar.  
 -- Mirad que conozco yo  
 Toda la gente que habita  
 Esta casa; y si no sois  
 Ó amigos, ó deudos de ella,  
 Contrarios en conclusion  
 Sois míos: con que mostraos,  
 Ú os doy por tales sino.  
 -- Como querais, don Juan dijo;  
 Y asiendo de su espadon  
 Para el embozado fuese,  
 Que á tajos le recibió.  
 Siguióle Gabriel á poco  
 Con la pérfida intencion  
 De embestirle de repente  
 Fingiéndose mediador.  
 Mas el caballero incógnito,  
 Conociendo la traicion,  
 Y siendo sin duda ducho  
 En tales lances, se echó

Contra la tapia, quedando  
Cara á cara con los dos.  
Don Juan se bate harto bien,  
Que es muy diestro reñidor;  
Y lo que en seso le falta,  
Le sobra en el corazón.  
El tiempo de acometerle  
Gabriel aguarda traidor,  
Cuando le tenga en apuro  
De don Juan la decision.  
Mas en vano, pese á su astucia,  
El intento le salió,  
Porque es mucha la destreza  
Del osado retador.  
Y en el momento en que acaso  
Toca cerca la ocasion,  
Un buen tajo de revers  
La muñeca le alcanzó.  
Soltó Gabriel un ¡ay! ronco  
Al repentino dolor,  
Volvió don Juan la cabeza,  
Pero tiempo no le dió  
El bravo desconocido  
Para entender la razon  
De su grito, porque el pecho  
Atravesado sintió.  
De una distraccion el punto  
Aprovechando veloz  
Metióse á fondo el incógnito  
Y en tierra á don Juan tendió.  
Reinó el silencio un momento,  
Pero al alarmante son

De los gritos de Gabriel  
 El barrio se alborotó.  
 Asemaron por las rejas  
 Ya una antorcha, ya un farol,  
 Diciendo diversas voces:  
 Al asesino.— Al ladrón.  
 Y una rápida mirada  
 Al caballero bastó  
 Para ver que era don Juan  
 Víctima de su valor.  
 Echóse pues al postigo  
 Por donde salir los vió,  
 Mas encontrando cerrado  
 Por dentro el grueso porton  
 Y ya de cerca sintiendo  
 De armas y gentes rumor,  
 Con rapidez silenciosa  
 La opuesta esquina ganó.

---

De política aquí, lector querido,  
La narracion cansada interrumpamos,  
Y del cuento en mis libros prometido  
A la historia mas plácida volvamos.  
Tan larga introduccion precisa ha sido  
Para que desde aqui nos entendamos,  
Pues anudado á ella lo restante,  
Sigue mi tradicion de aqui adelante

---

En una granja, que las ondas riegan  
Del espumoso Tajo, y do los daños  
De la revuelta popular no llegan,  
Doña Inés de Zamora hace dos años  
Que vive retirada  
De mundanos placeres olvidada.  
Viuda de un caballero  
De ilustrísima cuna,

Madre no mas de un jóven heredero,  
 Y dueña de una pródiga fortuna,  
 Sus bienes administra rectamente,  
 Y cuida el porvenir del hijo ausente.  
 Noble matrona de costumbres puras  
 Y pensamientos graves,  
 Da gracias al Señor por sus venturas,  
 Y él de su corazon tiene las llaves:  
 Y de su hijo el amor tan solamente  
 Entra en su corazon, vive en su mente.  
 El hijo, como hidalgo  
 Y en la opulencia y el poder nacido,  
 Pues es forzoso que se ocupe en algo  
 Sus vasallos valiente ha reunido,  
 Y en el distrito de su misma tierra  
 A favor de su rey hace la guerra.  
 Pérfidas compañías,  
 Y torpe inesperienza,  
 Malearon tal vez, hace ya dias,  
 La política fé de su conciencia,  
 Y acaso indignos de él, necios amores  
 Le aprestan venideros sinsabores. —  
 Doña Inés no lo ignora,  
 Y aunque mil veces le advirtió severa  
 El precipicio adonde va, le adora;  
 Y de los años y esperiencia espera  
 Que visto de su amor el desatino  
 Entre de su deber en el camino.  
 En la fé de sus padres educada  
 Y ciega lealtad de sus mayores,  
 Teme que su alma jóven conquistada  
 Por los principios sea innovadores,

Y engañado su hijo acaso olvide  
 Lo que su religion y rey le pide.—  
 Y en este pensamiento embebecida  
 Estaba como siempre, en aposento  
 De su alquería oculto, y combatida  
 Tal vez por interior presentimiento,  
 Cuando dentro escuchó de su alquería  
 Confuso estruendo, y sorda gritería.—  
 De su fiel mayordomo en tono recio  
 Oyó la voz que á alguno amenazaba;  
 Y otra que desconoce, y con desprecio,  
 A sus justas preguntas contestaba;  
 Y abriendo de su cámara la puerta,  
 Salió á ver del rumor la causa cierta.  
 En los hombros sin capa, sin sombrero  
 En la cabeza, y agua destilando  
 De sus ropas, hallóse á un caballero  
 Con sus fieles sirvientes disputando;  
 Mas el supuesto de estos desmentía  
 Su traje militar y gallardía.  
 — ¿Qué es esto? preguntó la noble viuda.  
 — Desventuras, señora,  
 De un amante infeliz á quien no ayuda  
 Ni el cielo, ni la ingrata á quien adora,  
 Respondió el caballero  
 En tono de dolor, triste y severo.  
 — Veo que sois hidalgo en vuestro porte  
 Y arreo militar; mi esposo en vida  
 Lo fué tambien y frecuentó la corte.  
 Vuestro afan decid pues, y si salida  
 Puede dar una dama á vuestro apuro  
 De mi escaso favor estad seguro.

— A solas ha de ser, porque aventuras  
 De nobles caballeros  
 No fio mucho yo que estén seguras  
 En lenguas de pecheros;   
 Y acaso serán tales  
 Que á quien me ayude ser podrán fatales.

— Despejad. — Y saliendo de la estancia,  
 Dentro de ella con él á su señora  
 Dejaron los criados, y á su instancia  
 Ella volvió diciendo: hablad ahora,  
 Señor soldado; vuestro duelo sepa,  
 Y fiad en que haré cuanto en mí quepa.

— Señora, oidme pues: há un año largo  
 Que con mi rey partí para Alemania  
 Al lado suyo con honroso cargo;  
 Y una ingrata muger dejé en España  
 Por quien ciego de amor lloré al partirme,  
 Jurándola volver al despedirme.  
 Mas mudóla mi ausencia; y un amigo  
 Que desde la niñez me fué constante,  
 Del hecho me escribió como testigo  
 Que ocupó mi lugar pronto otro amante;  
 Y que en tramas políticas metida  
 Su suerte á la política va unida:  
 Y otras razones mil, señora, escuso.  
 Pues de vuestra atencion veo que abuso.

— Volvíme á España enamorado y ciego  
 De celos y furor, mas esperando  
 En volver á encender su amante fuego,  
 Y aún á mi amigo crédito negando:  
 Llegué á Toledo, y por mis propios ojos  
 La razon quise ver de mis enojos.

De las nocturnas sombras al abrigo,  
 Entré en su calle y expié su casa.  
 Señora, perdonad si esto que os digo  
 Aún los ojos en lágrimas me arrasa.  
 —Seguid.

—Vi las ventanas de mi cuarto;  
 Mas verlas ¡ay de mí! pesóme hartó.  
 Las sombras vi cruzar tras los cristales  
 De un hombre que con ella platicaba,  
 Y noté para colmo de mis males  
 Que un embozado la mansion rondaba,  
 Y en ella por postigo entró secreto  
 Que en mi ausencia se abrió: y ¡ay! ¿con qué objeto?  
 En un oscuro callejón desierto  
 Les esperé gran trecho, y aguardara  
 Años cabales hasta verle abierto,  
 Y hasta que tal infamia ver lograra:  
 Parecieron por fin dos juntamente,  
 Y atajélos el paso airadamente.  
 Yo no sé qué les dije, más fui breve,  
 Y mi enojo no bien satisfaciendo,  
 (Como á todo un celoso audaz se atreve)  
 A estocadas con ámbos emprendiendo,  
 Ya fuera mi razon, ya fuera el arte,  
 A uno de ellos pasé de parte á parte.  
 — ¡Desdichado de vos!  
 — Estoy muy cierto

De que yace sin vida:  
 Mas las voces del vivo junto al muerto.  
 Trajeron gente, y apelé á la huida.  
 Mas sin duda mi pérfido destino  
 Les marcó en las tinieblas mi camino.

— ¿ Os siguen ?

— Sí; corrí sin guía alguna;

Pero vi que era inútil mi trabajo,

Y que me abandonaba la fortuna,

Cuando á la orilla me encontré del Tajo.

La justicia detrás y éste delante;

Muerte por muerte la elegí al instante.

Al agua me arrojé desesperado,

Y sacóme mi esfuerzo á la otra orilla,

Mas al tocarla, en el opuesto lado

Vi llegar de corchetes la cuadrilla.

Por las peñas trepé, y á esta alquería

Llegué por fin.— Tal es la historia mía.

Ahora, si noble sois, si habeis amado

Algun dia, señora,

Por cuanto hayais en vida idolatrado

No me desampareis en esta hora;

Ved que es ciega la furia de los celos,

Y vuestra compasion premien los cielos.

— ¿ Al muerto conoceis ?

— No.

— Fué un arrojó;

Mas no temais, que si el Señor me auxilia

Salvo sereis, y lograré el enojo

Callar y la razon de su familia.

Venid, voy á ocultaros diligente,

Que tal vez oigo ya rumor de gente.

Dineros os daré con un caballo;

Partid en cuanto partan por opuesto

Camino, y medio tomaré si le hallo

Para apartar de vos fin tan funesto.

Venid; pues que fiais en mi nobleza,

:

No burlaré por Dios vuestra franqueza. —

Y hablando así la viuda generosa,  
 En camarín secreto le escondía  
 Mientras entraba en turba tumultuosa  
 La justicia del rey, por su alquería.

Y ya entre ellos empiezan  
 El caso á comenzar  
 Diciendo que el mundo es noble  
 Y de las tropas reales  
 Y para que al fin darán  
 Al que logró alcanzar  
 Traidores son y rebeldes  
 Los que allí con la palabra  
 Y comienzan con esto  
 Los villanos á arrojarse  
 A los opacos que van  
 De paz y traición

**Con grandes voces se meten**  
**Por los cuartos adelante**  
**Los corchetes y ronderos**  
**Con antorchas y con sables.**  
**¡Hacia aquí tomó camino!**  
**¡Aqui debió de ampararse!**  
**¡No quede un rincon por verse!**  
**Muchachos, ¡que no se escape!**  
**Esto en varias direcciones**  
**Se oía por todas partes,**  
**Y á pretesto de justicia**  
**Se aprestaban al pillage.**  
**Hormigueaban los curiosos,**  
**Y los valientes que salen**  
**A ayudar á los que vencen**  
**Sin que los avise nadie.**  
**Ya por la atrevida turba**  
**Empezaba á susurrarse**  
**Si son ó no comuneros**  
**Los dueños de aquel parage.**

Y ya entre ellos empezaba  
 El caso á comentariarse  
 Diciendo que el muerto es noble  
 Y de las tropas reales,  
 Y pues que aquí dan amparo  
 Al que logró asesinarle,  
 Traidores son y rebeldes  
 Los que allí capa le hacen.  
 Y comenzaban con esto  
 Los villanos á arrimarse  
 A los objetos que vian  
 De peso y trasporte facil.  
 Ya con voces imperiosas  
 Alborotaba el alcalde  
 Con lo de "entregarle al rey;"  
 Cuando de él mismo delante  
 Por dentro abriendo una puerta  
 Doña Inés salió á atajarle  
 Vistiendo luto y cercada  
 De domésticos y pages.  
 Al ver su bizarro porte  
 Y su severo semblante  
 Tuviéronse respetuosos  
 Y ella rompió en voces tales:  
 ¿Qué busca el rey en mi casa?  
 ¿Por qué tanta gente trae  
 Cual si fuera mi alquería  
 Castillo que va á asaltarle?  
 ¿Desde cuándo se acostumbra  
 Que así á los nobles se trate,  
 Y en el nombre de las leyes  
 Sus aposentos se allanen?

La justicia en hora buena,  
 En nombre del rey, que pase; —  
 Mas los villanos del vulgo  
 Que se esperen en la calle. —  
 "Señor golilla, al momento  
 Esa gente despejadme,  
 Porque desde vos abajo  
 No he de responder á nadie."  
 Quedó el alcaide aturdido  
 De repente al encontrarse  
 Con una noble matrona  
 Donde supuso jayanes.  
 Y haciendo salir la gente  
 Con ella á solas quedándose,  
 En tono de desagravio  
 Empezó por "perdonadme..."  
 Mas la generosa dama  
 Interrumpióle la frase  
 Diciendo: oigo á la justicia;  
 ¿Qué tiene el rey que mandarme?  
 — Un asesino, señora,  
 Que ha conseguido fugarse  
 Vadeando el rio, esconderse  
 Debe por estos parages.  
 — Supongo que la justicia  
 Tan poco honor no me hace  
 Que crea que yo le oculto  
 Contra el rey por auxiliarle.  
 — Señora...  
 — Podedis entrar  
 Mis cámaras adelante,  
 Y prender á ese asesino

Donde quiera que le hallareis.  
 — Me basta vuestra palabra.  
 Vuestro nombre y vuestra sangre  
 Conozco, y en quien sois vos  
 Tamaño crimen no cabe;  
 Mas teneis muchos criados;  
 Sus aposentos dejadme  
 Mirar por si alguno de ellos  
 Es conocedor del lance.  
 — Todos son criados viejos,  
 De quien salgo responsable,  
 Mas cumplid vuestro deber  
 Como quiera que gustareis.  
 La casa tiene bodegas,  
 Y horno, y pajar, y corrales;  
 Registrad una por una  
 Sus divisiones, alcalde.  
 Partió el golilla por obra  
 A ponerlo, y saludándole  
 Gravemente doña Inés  
 Volvió en su cuarto á encerrarse.

La casa á gran ruido.  
 Pedro de Guzmán, melancólico,  
 Y nunca en sus levantamientos  
 Tomaron parte Guzmán y otros.  
 — Con vuestra honra me casaba,  
 Guzmán; por un asino me voy  
 Práguenme, y mi boca es de cera.  
 No mintió cuando os negaba,  
 Ni obró de la ley en contra; repón  
 — Señora, podéis jurarlo y jurar  
 Y sobre las sagradas hojas de la  
 Del Evangelio lo he jurado en la  
 Y      **Mientras abajo el alcalde**  
**La casa revuelve toda**  
**Y registrando las cuadras**  
**Va pasando de una en otra,**  
**Doña Inés en su aposento**  
**Con el caballero á solas**  
**De esta manera le dice**  
**Con baja voz cautelosa:**  
**Tomad, caballero, ese oro,**  
**Que os bastará por ahora**  
**Para poner con la fuga**  
**En cobro vuestra persona.**  
**Un potro abajo os aguarda**  
**Que os sacará en pocas horas**  
**Del alcance de las leyes:**  
**Buscad tierra que os esconda,**  
**Que yo quedo tras de vos.**  
**Mas decidme por la honra**  
**De vuestra fama, ¿le heristeis**  
**En liza leal?**

-- Señora,  
 Pedro de Guzman me llamo,  
 Y nunca en lid alevosa  
 Tomaron parte Guzmanes.  
 -- Con vuestro nombre me sobra,  
 Guzman; por un asesino  
 Preguntaron, y mi boca  
 No mintió cuando os negaba,  
 Ni obré de la ley en contra.  
 -- Señora, podeis jurarlo  
 Sobre las sagradas hojas  
 Del Evangelio, le he muerto  
 Cara á cara, y sin dolosa  
 Estratagema ó ventajosa  
 Que me fuera valedora;  
 Dos eran en contra mía;  
 Ved si la razon me abona.  
 -- Está bien; y pues lá casa  
 Ya esas gentes abandonan,  
 Partid por el lado opuesto,  
 Guzman, y el cielo os acorra.  
 -- Y si algun dia  
 Partid. -- Ya basta,  
 -- A Dios pues, señora,  
 Con una mano en la llave,  
 Y una lámpara en la otra  
 Delante del caballero

La dama á guiarle pronta,  
 Envuelta en cumplida capa  
 La descompuesta persona,  
 Pronto á seguir el hidalgo  
 A su noble bienhechora,  
 Sin movimiento quedaron  
 Ambos á dos, tumultuosas  
 Voces oyendo en el patio  
 Sin que la razon conozcan.  
 Ayes y gritos de espanto  
 Y maldiciones rabiosas  
 Al mismo tiempo escuchaban,  
 Y conocen que se agolpa  
 La gente otra vez, pues oyen  
 De las pisadas monótonas  
 El rumor que va creciendo  
 Y del murmullo la ronca  
 Armonía; y por los vidrios  
 Ven crecer de las antorchas  
 La luz que ilumina el patio  
 Do pasa la escena incógnita.  
 — ¿Qué es esto? dijo la dama.  
 — Sábelo Dios, en voz sorda,  
 La contestó el caballero,  
 Presa de angustia recóndita.  
 — Esperad, añadió ella;  
 Y acudiendo tèmerosa  
 A un corredor que da al patio  
 Por la ventana se asoma.  
 Dió un grito que heló en las venas  
 De Guzman su sangre toda  
 Diciendo es él...; hijo mio!

La desdichada matrona,  
 Corrió el caballero ansioso  
 A la vidriera, y la atónita  
 Mirada al patio tendiendo  
 Vió su desventura toda.  
 En hombros de los criados  
 De la ancha herida en la boca  
 Brotando aun la roja sangre,  
 Yace don Juan de Zamora,  
 Y de su trage y en rostro,  
 Por las señas que le toma  
 Con ojos desencajados  
 De las inmóviles órbitas  
 Reconoce el de Guzman  
 En el mancebo á quien lloran  
 El mismo á quien en la calle  
 Mató por su mano propia,  
 Cayó en un sillón la viuda  
 Bajo el dolor que la agobia,  
 De amargo llanto en los ojos  
 Con dos abrazadas gotas,  
 Y de rodillas ante ella  
 Cayó en silencio en la alfombra —  
 El matador caballero,  
 Víctima á inmolarse pronta.  
 — ¿Qué haceis? le dijo la dama —  
 Asi mirándole absorta.  
 — Matadme, dijo Guzman;  
 Y en esta palabra sola  
 Comprendiendo por entero  
 Aquella trágica historia,  
 ¡Maldito seas! le dijo

La horrorizada matrona,  
 Duró un momento el silencio  
 De aquesta escena angustiosa,  
 Que al fin rompió el caballero  
 Con voz apenada y cóncava  
 Diciéndola: Dios lo quiere,  
 Cumplid con su ley, señora.  
 Y entregadme á la justicia,  
 Pues en sus manos me arroja.  
 -- Sí, sí, repuso la dama  
 Desatinada y furiosa  
 Levantándose: es muy justo,  
 Y cualquier pena es muy corta  
 Para tamaño delito;  
 Caiga en tí su sangre toda.  
 Y al corredor dirigióse  
 Para ponerlo por obra.  
 Mas tuvóse de repente,  
 Y con calma, aunque en faz torba,  
 Díjole: jamas un noble  
 Recuerda lo que perdona.  
 Caballero, levantaos;  
 La vista consoladora  
 De ese santo crucifijo  
 En el corazón me toca;  
 Pues os amparé ignorando  
 Vuestra culpa y mi congoja,  
 No es justo que conociéndolas  
 Os abandone traidora.  
 En nombre de Jesucristo,  
 Que dió su vida en el Gólgota  
 Por salvarnos á los dos,

Id libre , Guzman.  
 -- Señora...  
 -- Id , y que en cuenta me tome  
 Resolucion tan heróica ,  
 Al llamarme ante su juicio  
 En mi postrimera hora.

Atónito el caballero  
 Quiso hablar , mas imperiosa  
 Abrió la dama la puerta  
 Que fuga le brinda cómoda,  
 Y mostrando con un gesto  
 Una escalerilla lóbrega  
 Tomóla , asiendo la lámpara ,  
 Y el caballero siguióla.

Volvió á los pocos momentos  
 Pálida y acongojada ,  
 Y cayendo arrodillada  
 Ante la imagen de Dios  
 Esclamó , oyendo á don Pedro  
 Que escapaba á toda brida :  
 "Señor , si ese hombre lo olvida  
 Tenédmelo en cuenta vos."

Mas queda el autor del dolo  
 Y años trascurridos van  
 Dada aquella horrible noche  
 Y aquel suceso fatal,  
 Y aquel perdon que debió  
 Del cielo á la gran piedad,  
 ¿Quién sabe si en su memoria  
 Borrados al cabo estan?

¿Quién sabe si los recuerdos  
 Como una aventura mas de su  
 De su existencia oscura,  
 De su vida militaria

Todo lo devora el tiempo;  
 Todo; y el bien como el mal,  
 Como el vicio la virtud  
 Se hunden en su oscuridad,  
 Todo se borra y se olvida,  
 Todo al cabo viene á dar  
 En la sima del silencio,  
 En el caos de la edad.  
 No porque la noble viuda  
 Pudiera olvidar jamas  
 Al hijo de sus entrañas,  
 Al desdichado don Juan,  
 No ¡por Dios! en su hora última  
 Luchando el alma tenaz  
 Por desasirse del cuerpo  
 Fué este su postrer afán.  
 Mas del hijo y de la madre  
 Ninguno respira ya,  
 Que á aquel le mató don Pedro  
 Y á esta la mató el pesar.

Mas queda el autor del duelo,  
 Y años trascurridos van  
 Desde aquella horrible noche;  
 Y aquel suceso fatal,  
 Y aquel perdon que debió  
 Del cielo á la gran piedad,  
 ¿Quién sabe si en su memoria  
 Borrados al cabo estan?  
 ¿Quién sabe si los recuerda  
 Como una aventura mas  
 De su existencia azarosa,  
 De su vida militar?  
 Tal vez: á la corte vuelto  
 Tras largos años Guzman,  
 Ni de Toledo se acuerda,  
 Ni pensó en volver allá.  
 De todo el mundo ignorada  
 La mano que audaz oculta  
 Causó la muerte de un hombre  
 Provocándole á lid tal,  
 Preséntase por do quiera  
 Don Pedro, y do quier que va  
 Recibido es cual merece  
 Caballero tan cabal.  
 Bien mirado por su rey,  
 De grandes en amistad,  
 Sin mas familia allegada,  
 Ni deudos por quien mirar  
 Que un mozo de quince abriles,  
 Hermano suyo carnal,  
 Con buen humor, libre tiempo  
 Y oro largo que gastar,

Se encuentra en el apogeo  
 De la dicha mundanal;  
 Y dicen los que le tratan  
 ; Dichoso es el tal Guzman!

---

Y si no lo es, vive Dios  
 Que lo sabe aparentar,  
 Porque es la vida que lleva  
 Un continuo carnaval.  
 Siempre de un festin en otro  
 Va pasando sin cesar:  
 Ó amigos se los aprestan,  
 Ó él á amigos se los da.  
 Las damas de más belleza  
 Le quieren por lo galan,  
 Los hombres mas envidiosos  
 Por lo franco y liberal.  
 Nadie tiene mas apuros  
 Ni aventuras que contar,  
 Nadie mas oro prestado  
 Que nunca cobrar podrá;  
 Mas nadie tiene un amigo  
 Mas sincero y mas leal,  
 Ni á nadie se halla mas pronto  
 En cualquier necesidad.  
 Salúdanle los mendigos  
 Con silencioso ademan,  
 Porque saben ya que en él  
 Es no tener el no dar.

Y como en gastar dineros  
 No va nunca mas allá  
 De lo que pueden sus rentas,  
 Vive sin necesitar  
 Pedir lo que dió prestado  
 A sus amigos, lo cual  
 Hace que eterna le guarden  
 Incólume su amistad.  
 Y envídianle los soldados  
 Su brio y porte marcial,  
 Y los cortesanos todos  
 Su noble afabilidad.  
 Recibe su hermano de él  
 Educacion bien cabal,  
 Mas como la suya propia,  
 Educacion militar.  
 Las armas y los caballos  
 Predileccion especial  
 Gozan en ánimo de ambos,  
 Y las fiestas de lidiar.  
 Los toros son y las cañas  
 Su diversion familiar.  
 La caza y el ejercicio  
 Su remedio universal  
 Para matar el fastidio,  
 Y el dolor para calmar.  
 Y como en tales recreos  
 Aliciente es principal  
 La compañía de gentes  
 De activa jovialidad,  
 Todos sus amigos se hacen  
 Alegres hasta cansar,

Y á prestarles compañía  
Todos dispuestos estan.  
Don Pedro, que hombre es de mundo  
Y de mente perspicaz,  
Lo ve, lo calla y lo aprecia  
En lo que vale no mas :  
Mas no don Felix su hermano,  
Que el mundo conoce mal.  
Y aun en la amistad se fia  
Y fia en la lealtad  
De cuantos quieren venderle  
Un cariño fraternal.  
Y aunque sus potros le montan  
Y usan sus armas y van  
A todas partes con él,  
De él dejándose obsequiar,  
Ni interes sospecha en ellos ;  
Porque de él es incapaz,  
Ni sus frases con sus obras  
Pondera en balanza igual.  
Y este fué su paso en vago ,  
Este el impulso no mas  
Que á triste fin le condujo  
Con violencia fatal.

(131)  
Y de prestadas conjeturas  
Toda disposición están.  
Don Felix, que hombre es de mundo  
Y de mente perspicaz,  
La vez, lo calla y lo aprueba  
En lo que vale no maza.  
Mas no don Felix su hermano,  
Que el mundo conoce mal.  
Y aun en lo amañado en la  
Y la en la batalla  
De cuantos países vendióle

Alto, robusto y de gentil talante,  
Aunque apenas aún le apunta el bozo,  
Es, franco de alma, y de jovial semblante,  
Don Felix de Guzman un bravo mozo.  
Sencillo en el vestir, mas ataviado  
De la corte á la usanza,  
De las damas alcanza  
Tal vez favores, y en secreto amado  
Es de alguna beldad, sin esperanza.  
Tal vez pagado él mismo  
De su belleza juvenil, aspira  
A un imposible amor que loco admira  
A través de dorado idealismo.  
Doña Ana de Alarcon, noble doncella,  
Es en su corazon la preferida ;  
Mas esta, desdichada cuanto bella,  
A un Milanés muy noble prometida  
Por su familia está, por lazo que ate  
Políticas discordias elegida,  
Aunque la fuerza del dolor la mate.

Hombre es el Milanés en tramas ducho,  
 Y hay quien le juzga de su patria huido,  
 Y que ocultos amaños ha traído  
 Y en favor de Milan maquina mucho.  
 Bien recibido de la corte se halla,  
 Gasta con profusion, y que no tiene  
 Con el gobierno en sus antojos valla  
 Dicen, y se susurra por lo bajo  
 Que mucho á España su amistad conviene,  
 Aunque cuesta creerlo harto trabajo.  
 Don Felix, á quien nadie da pavora,  
 Y que en el Milanés ve solamente  
 Una cualquier humana criatura,  
 Va adelante en su amor, harto imprudente.  
 Y prudente anduviera  
 Si á sí mismo no mas se lo fiara  
 Y á su lengua pusiera  
 Un candado, que á fé que lo acertara.  
 Mas tenia un amigo  
 De quien fiaba sus secretos todos,  
 Que era de él como eterno compañero  
 Sabedor de sus hechos ó testigo.  
 Joven como él, como él sin esperiencia,  
 De otros varios fiaba sus secretos  
 Y los del buen don Felix. ¡Imprudencia  
 A que estan muchos jóvenes sujetos!  
 Contaba pues sus necios amoríos  
 É inventaba amorosas aventuras,  
 Y entre sus mal fraguados desvaríos  
 Contaba de don Felix las venturas,  
 Contaba de una dama misteriosa  
 Las encubiertas citas,

Y contaba en la noche silenciosa  
 Del dichoso don Felix las visitas.  
 Contaba, como él solo  
 El compañero de esas citas era,  
 Y en la inmediata calle  
 Por si lance fatal aconteciera,  
 Por acaso ó por dolo,  
 Quedaba las espaldas á guardalle.  
 Y aunque jamas nombraba la persona  
 A quien don Felix por la reja hablaba,  
 En tan nimias señales se paraba  
 Que á poco que el discreto discurría  
 Por el sitio y las señas que citaba  
 La casa de doña Ana conocía,  
 Y sabedor en tanto del suceso  
 A él nada mas, don Felix suponía,  
 Y de franqueza le perdió el esceso.

---

Que en una lóbrega noche

En que las nieblas ofuscan  
 La opaca luz que la prestan  
 Las estrellas y la luna;  
 De esas noches en que el aire  
 Con sordas ráfagas zumba  
 Por las esquinas rasgándose  
 Y por las torres agudas;  
 De esas noches que parece  
 Que en hondo caos sepultan  
 Al universo dormido,

Y el cielo y la tierra enlutan ;  
 De esas noches que recuerdan  
 Las espantosas y absurdas  
 Consejas de las nodrizas  
 Con que á los niños asustan :  
 Noches que traen á la mente  
 Los concilios de las brujas,  
 Los conjuros de los magos  
 Y las sombras insepultas.  
 Como tales en silencio,  
 A pasos rápidos cruzan  
 Don Felix y el necio amigo  
 Una callejuela oscura  
 De la calle de doña Ana,  
 Y del real palacio junta.  
 En silencio van los dos,  
 Porque á los dos les ocupan  
 Melancólicas ideas,  
 Cual no las tuvieron nunca.  
 -- ¿Sabes lo que pienso, Felix ?  
 Dijo al pararse en la última  
 Esquina el otro.

— ¿Qué piensas ?

Replicó Felix.

— Que es mucha

Necedad ir esta noche  
 De nuestra doña Ana en busca.

— ¿Por qué ?

— Porque es imposible

Que ella á la ventana acuda.

— ¿Por qué ?

— Porque supondrá

Que con legítima escusa  
 No vendrás en una noche  
 En que formidables luchan  
 Airados los elementos.

— Y no lo yerras sin duda;

Mas ya que estamos aqui,

Volvemos tambien en suma

Sin ver si sale ó no sale

Tambien fuera en mí locura.

— Como quieras.

— En tu sitio

Queda pues.

— Felix, escucha:

¿ Ves alli un bulto parado ?

— Qué, ¿ tienes miedo ?

— ¿ Te burlas,

Felix ?

-- No; mas como veo

Que ese embozado te turba...

-- Dejémosle que se aparte.

-- Juzgo cosa mas segura

Que le agamos apartar.

-- ¿ A la fuerza ?

-- ¡ Qué pregunta !

Si no se aparta de grado

A ella es fuerza que recurra.

-- Vamos pues.

-- Tú queda inmóvil,

Que no necesito ayuda.

-- Entiendo.

Y asi diciendo,

Fuése con planta segura

Don Felix al embozado,  
Que de situacion no muda.

Paróse á tres pasos de él,

Y con gentil apostura

Dirigióle estas palabras

Con voz agena de injuria.

-- Hidalgo, si grave empeño

Tal vez no os lo dificulta,

Dejadme libre un momento

La calle.

-- Y qué es lo que busca

En ella vuestra merced.

-- Busco una casa.

-- ¿ La suya

Tal vez?

-- Estime el hidalgo

La cortesía que se usa

Con él, y responda atento,

Que mi paciencia se apura.

-- Perdone el buen caballero,

Y eche adelante si gusta.

-- Es que os habeis de apartar.

-- Sí haré.

-- Gracias.

Hizo punta

El embozado hácia arriba,

Tomando en la calle ruta.

Y echó hácia abajo don Felix

Hasta ver por las junturas

De la reja de doña Ana

La luz que en el cuarto alumbra.

Pasó por frente á la reja,

Volvió á pasar, hizo en suma  
 Para llamar su atencion  
 Cuanto no fuera hacer pública  
 Con la presencia de un hombre  
 De doña Ana la conducta;  
 Mas ni se abrió la ventana,  
 Ni se oyó señal alguna.  
 Ya el corazon se le prensa  
 De los celos con la furia,  
 Ya negros y pavorosos  
 Presentimientos le turban,  
 Y ya dudaba afanoso  
 Entre si era ó no cordura  
 El volverse ó el quedarse  
 Hasta que verdad descubra;  
 Cuando hácia él calle adelante  
 Vió correr con gran premura  
 A su amigo que le dice:  
 -- ¡Huye, don Felix!  
 -- ¡Que huya!  
 ¿ De qué?  
 -- El Milanés maldito  
 Tenia su gente oculta  
 Para dejarte pasar,  
 Y con mano mas segura  
 Encerrado en esta calle  
 Abrirte en su centro tumba.  
 -- ¿ Estás seguro que es él?  
 -- Sí, Felix, sin duda alguna.  
 -- Ganemos pues la otra esquina,  
 Que fuera cosa harto dura  
 Morir aqui como perros

A las manos de tal chusma.  
 Pero mañana la mia  
 Será la primer figura  
 Que á sus ojos se presente,  
 Y veremos si su astucia  
 De su corazon desvía  
 De mi tizona la punta.  
 Vamos.

Y así pronunciando  
 A alejarse se apresuran.  
 Mas no bien á la otra esquina  
 Tocaban, cuando á ellos juntas  
 Dos espadas se vinieron,  
 Que toparon con las suyas;  
 Duró la lid un instante  
 Y ya vencer se figuran,  
 Pues á estocadas los llevan  
 Los dos mancebos con furia,  
 Cuando corriendo llegaron  
 Con las espadas desnudas  
 Otros tres por sus espaldas,  
 Siguió momentos la lucha  
 Como valientes lidiando;  
 Mas ¿qué el valor les ayuda  
 Dondè á traicion contra ellos  
 Cinco cobardes se juntan?  
 Cayó primero don Felix,  
 Y aunque en la tapia se escuda  
 Para lidiar cara á cara,  
 Los ojos ¡ay! se le anublan  
 Con la sangre que derrama  
 Y á cuchilladas le abruman.

Riñó como bravo el otro,  
 Mas fué inútil su bravura,  
 Pues todos en torno suyo  
 Villanamente se agrupan.  
 Y al cabo de unos momentos  
 Cayó, con heridas muchas,  
 De boca, á impulso de un tajo  
 Traidor, sentado en la nuca.  
 Tomaron la calle arriba  
 Los viles, y en voz confusa  
 Unos á otros marchando  
 Que muertos son se aseguran.

(12)

Amanecía apenas  
El inmediato día,  
Cuando sus horas de quietud serenas  
A don Pedro Guzman interrumpía  
Sinistra y tumultuosa vocería.  
De su casa en la puerta  
Con aldabadas dobles,  
A cuyo impulso sus macizos robles  
Resistencia oponían, pero incierta,  
Llamaban tenazmente;  
Y ya tropel juntábase de gente,  
Y ya don Pedro presto  
Con prisa airada y soñoliento gesto  
Las ropas se vestía,  
Porque ningún doméstico lo hacía.  
Ya de su larga bata  
Las puntas coge y las presillas ata;  
Y al balcon se dirige,  
Cuando un viejo criado  
Que há muchos años que su casa rige

Llegó á él con semblante desolado.

Fermin, ¿qué es lo que pasa

(Dijo don Pedro) para ruido tanto,

Que parece que á hundir se va la casa?

Y amargo llanto derramando el viejo

No salgais (dijo), por el cielo santo.

— Mas ¿qué pasa? ¿quién es?

— Es la justicia.

— ¿Y en mi casa qué quiere?

— ¡Oh! con vos nada:

Señor, nada con vos.

— Pues á quién busca?

Fermin, sea cualquiera la noticia

Que al fin me has de decir, por desastrada

Que sea, dila pronto.

— ¡Sosegaos, señor!

— Voto á los cielos

Que valen mas que el susto tus recelos,

Y tal diciendo con airado tono

Dirigióse á la puerta;

Mas el viejo Fermin interponiéndose

Con sollozos le dijo interrumpiéndose:

— Vuestro hermano, señor, hoy no ha dormido

Dentro de casa. — Y comprendiendo al punto

Don Pedro lo demas, lanzó un gemido

Arrancado al dolor y la ira junto.

Y apartando al anciano suplicante

Lanzóse por los cuartos adelante.

Al pie de la escalera

En hombros de unos hombres compasivos

Yacía, desgarrando de los vivos

El corazon, y de su muerte fiera

Con horrendas señales mutilado  
Don Felix desdichado.  
De siete anchas heridas  
Por las sangrientas bocas  
La vida se le huyó, y compadecidas  
De tan triste espectáculo, pudieran  
En lágrimas romper las duras rocas.  
La horrible escena de dolor y saña  
A que don Pedro se entregó, sin duda  
Que es á mi pluma estraña:  
Que á períodos poéticos acuda  
Para pintarte con verdad en vano  
Será ¡oh! caro lector: llama en tu ayuda  
Tu propio corazon, y pesa el duelo  
Que fuera en él, si un padre ó un hermano  
De modo tal te arrebatara el cielo.  
Con tan grande dolor, con pena tanta  
Don Pedro de Guzman enloquecido,  
Largo rato anudada en su garganta  
Sintió la voz, y se esquivó el sonido.  
Y sobre los despojos  
Del infeliz hermano  
Llanto vertieron sus nublados ojos;  
Trémula y fria separó su mano,  
A su dolor cediendo sus enojos;  
Mas luego que en su mente  
Volvieron á ordenarse las ideas  
Y al corazon ardiente  
Volvió el valor un punto adormecido,  
Con centelleante vista de repente  
Tendió por el concurso enmudecido,  
Diciendo con acento enronquecido:

-- ¿Quién fué el traidor cobarde  
 Que en un mancebo imberve todavía  
 De tan salvages iras hizo alarde?  
 Y en derredor tendió fiera mirada  
 Guzman, mas nadie le repuso nada.  
 -- ¿Todos, dijo don Pedro, aqui lo ignoran?  
 ¡Todos callan! ¡par diez! ¿dónde fué muerto?  
 ¿No hallaron la verdad los que le lloran,  
 Los que le traen á domicilio cierto?  
 ¿Quién le reconoció? ¿quién pudo acaso  
 De quien le recogió guiar el paso?  
 Volvió á tender en torno su mirada  
 Guzman, y nadie le repuso nada.  
 Entonces ya con tono descompuesto  
 Y semblante iracundo,  
 Hijo de su pesar justo y profundo,  
 A un alcalde de corte que con gesto  
 Impasible y severo le habia oido,  
 Cuya ronda á su hermano ha recogido,  
 Dirigióse Guzman, asi diciendo:  
 Amigo soy del rey, y pues tan necia  
 En los crímenes anda la justicia,  
 Sabrá el rey que su ley se le desprecia,  
 Y que el miedo la tuerce ó la malicia.  
 Y volviendo la espalda Guzman, fiero  
 Pidió á Fermin su capa con su acero;  
 Viendo lo cual el juez tras él echando  
 Y á Guzman de los otros apartando  
 Dijole: oidme pues, buen caballero.  
 Y de la estancia fuera  
 Platicaron los dos de esta manera.

DON PEDRO.

Decid.

ALCALDE.

Con vuestro hermano  
Otro jóven hallé, que al par herido  
Fué con don Felix por la misma mano.

DON PEDRO.

¿Y quién es?

ALCALDE.

Fué don Carlos de Aguilera.

DON PEDRO.

¿Murió tambien?

ALCALDE.

Tambien.

DON PEDRO.

¡Oh! suerte fiera.

ALCALDE.

Mas vivió lo bastante  
Para decir con ábito espirante  
Y jurar por la fé de caballero,  
Y de la eternidad por el gran paso,  
De tan traidor y lastimoso caso  
El autor verdadero.

DON PEDRO.

¿Y quién es, vive Dios?

ALCALDE.

Antes, don Pedro, de saber su nombre  
Juradme que escondido en vuestro pecho  
Le guardareis; que es hombre  
Que por bueno pasar puede lo hecho:  
Y que al rey solamente  
Lo habeis de revelar secretamente.

DON PEDRO.

Sí juro; mas si fuese  
 El mismo rey, señor alcalde, habria  
 De hacer justicia en sí, ¡ó por vida mia!  
 Que puede que me oyese  
 Lo que de nadie oir esperaría.

ALCALDE.

A la venganza yo no os pongo coto;  
 Mas si no sois del rey muy grande amigo  
 No movais con quien fué mucho alboroto;  
 Y esto, Guzman, que os digo,  
 Lo que os puedo decir es, y es mi voto.

DON PEDRO.

Mas quién es, acabad.

Y aqui al oido  
 De don Pedro acercándose el alcalde  
 Dijo, y de nadie pudo ser oido.

ALCALDE.

El milanés que habita en la embajada  
 De Inglaterra.—Y don Pedro  
 Tal nombre oyendo, al lado de la espada  
 Llevó la mano, y con feroz mirada  
 Bien está, dijo al juez: lo entiendo todo.

ALCALDE.

¡Solo el rey lo sabrá?

DON PEDRO.

Solo, y de modo  
 Que á la historia añadir no podrá nada.

Y los dos apartándose  
 Para dejar la historia bien redonda

Desde alli cada cual siguió entregándose  
Don Pedro á su dolor, y él á su ronda.  
Pero puede el discreto  
Imaginar, que en calma  
No podria encerrar dentro del alma  
Don Pedro de Guzman este secreto,  
Y que á vueltas y á solas andaria  
Mas segura buscando  
Del autor de delito tan infando  
Fiera venganza, en oportuno dia;  
Y que el dia fatal quedó aguardando.

Y á la mano en pocos días  
La ocasion le vino pronta,  
Que quien para el mal la busca  
Siempre se la encuentra próxima.  
Seguido de un escudero  
Por honor de su persona,  
Y por ayuda en un caso  
De una asechanza traidora,  
Por fuera de Recoletos  
Una tarde nebulosa  
El de Guzman se pasea  
Rumiando tristes memorias.  
Viasele entre los árboles  
Como una siniestra sombra  
El monasterio cruzando  
Desde una esquina á la otra,  
La larga espada en la cinta,  
Embozada la persona,  
Descolorido en semblante  
Y con la mirada torva.

Todo su exterior, en fin,  
 Revela que su alma á solas  
 En los cálculos se abisma  
 De meditaciones hondas,  
 Y que una idea inmutable  
 Íntima y desoladora  
 Lastima su inquieta mente  
 Y el corazon le acongoja.  
 Piensa en su hermano don Felix,  
 Y en la mas facil y próspera  
 Ocasion de la venganza  
 De muerte tan alevosa.

En esto el Prado adelante  
 Por dos yeguas voladoras  
 Que le pacieron la grama  
 Al Guadalquivir en Córdoba,  
 Arrebatada venia  
 Sin camino una carroza,  
 Pues torpe mano á las yeguas  
 Acosando desbocólas.  
 Al punto vió la impericia  
 Guzman, cuya generosa  
 Sangre á ayudar le impelia  
 Al que asi necio se arroja:  
 Y conociendo que pronto  
 Dejando la arena cómoda  
 Se entraran por los vallados  
 Las dos bestias poderosas,  
 Con su escudero lanzóse  
 Por si contenerlas logra,  
 Y aquel peligro desvía  
 De quien la muerte provoca.

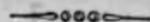
Los que en el carruage vienen  
Gritaron en voces roncadas:  
¡Fuera! ¡fuera! por si acaso  
Con el espanto empeoran  
Los animales y alcanzan  
Caida mas desastrosa.  
Mas á sus voces haciendo  
Guzman las orejas sordas,  
Como hombre sereno y ducho  
En semejantes maniobras,  
Colocándose á ambos lados  
La vista y la mano pronta  
Caballero y escudero,  
Al enfilear la carroza  
Con un instantáneo arrojó  
Asiendo las bridas rotas  
A una yegua el caballero  
Y el escudero á la otra,  
Consiguieron lastimándolas  
Pararlas, y á mucha costa.  
Saltó en tierra un caballero  
A la mas estricta moda  
Equipado, y de presencia  
Muy bizarra y muy airosa.  
Mas al llegarse á don Pedro  
A darle gracias, la gola  
Le aferró con ambas manos  
El de Guzman, con furiosa  
Voz diciéndole: asesino,  
¡Caiga en tí su sangre toda!  
El milanés, (que no era otro)  
Que aquella sangrienta historia

Recordó viendo á don Pedro,  
Dióse por puesto en la horca.  
Mas soltóle el de Guzman,  
Y treguas dando á su cólera  
Le dijo: "hácia aqui apartaos,  
Veamos si vuestra hoja  
Corta igualmente de cara  
Como por la espalda corta."  
Echaron á Recoletos,  
Y de tapia protectora  
Amparándose, sacaron  
Al aire sus dos tizonas.  
Perdió el milanés la suya  
Con muchísima deshonra,  
Y yendo á herirle don Pedro,  
Como una espantada zorra  
A quien los perros persiguen  
Tomó fuga vergonzosa.  
Indignado el de Guzman  
Viendo con alma tan poca  
A quien tan traidoramente  
Asesina entre las sombras,  
Echó tras él ya resuelto  
A darle muerte alevosa.  
El milanés conociéndolo  
Con intencion previsor  
Ganó á la iglesia la puerta,  
Y la capilla mas próxima.  
Entró tras él Guzman, ciego,  
Mas á una imagen devota  
De Cristo viéndole asido,  
De la muger generosa

Se acordó que dió la vida  
 Al matador de Zamora.  
 Soltó su mano la espada,  
 Con voz descompuesta y cóncava  
 Diciendo, al otro que le oye  
 Con alma y con faz atónitas:  
 "Idos, que yo os dejo libre:  
 Válgaos la buena memoria.  
 De una muger que por mí  
 Osó hasta accion tan heróica."

Y saludando á la imagen  
 Con reverencia piadosa,  
 Dijo: "hasta aqui mi venganza:  
 ¡Dios me la tenga en memoria!"  
 Dudándolo todavía  
 Ve el milanés que abandona  
 La iglesia, mas de ello al cabo  
 Sus sentidos se cercioran.  
 Y á su carroza volviendo,  
 Por hazaña milagrosa  
 Contó en la corte el suceso,  
 Que admiró la corte toda.  
 Y por verdadera hazaña  
 Contada de boca en boca,  
 A don Pedro apellidaron  
*El de la buena memoria.*

# Á MARÍA.



## PLEGARIA.

Aparta de tus ojos la nube perfumada  
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,  
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,  
Donde la paz, la vida y el paraiso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, caliz de pureza ;  
Tú, flor del paraiso y de los astros luz ,  
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza  
Por la divina sangre del que murió en la Cruz.

Tú eres ; oh María! un faro de esperanza  
Que brilla de la vida junto al revuelto mar ,  
Y hácia tu luz bendita desfallecido avanza  
El náufrago que anhela en el Edem tocar.

Impela ; oh Madre augusta ! tu soplo soberano  
La destrozada vela de mi infeliz batel ;  
Enséñale su rumbo con compasiva mano,  
No dejes que se pierda mi corazon en él.

# Loco me importa.

---

## CANCION.

Me dicen que medio mundo  
Riñe con el otro medio,  
Y aunque en verdad me confundo  
Viéndolo así, ¿qué remedio?  
Caprichos con que se nace:  
Cada cual como mas quiere  
Vive y muere,  
Y aunque algo extraño se me hace  
Viendo la vida tan corta,  
*Poco me importa.*

---

Yo sé un elixir magnífico  
Contra duelos tan extraños,  
Y son con tal específico  
Horas de placer mis años.  
Para mí no hay amarguras;

ni pesares ni disgustos  
Me dan sustos,  
Y aunque diz que sulco á oscuras  
El mar de esta vida corta,  
*Poco me importa.*

---

Sin opulencias me paso,  
Ni ambiciono honras ni oro,  
Ni del poder hago caso;  
Si no soy feliz, no lloro.  
Conmigo mismo me basto,  
Y con lo poco que tengo  
Bien me avengo:  
Y aunque cuanto tengo gasto,  
Siendo la vida tan corta,  
*Poco me importa.*

---

Si leyes á nadie doy,  
Nadie á mí leyes me da;  
Donde no gozo no voy,  
Donde estoy mi patria está.  
No me acosa odio ni envidia,  
Y aunque en todos los lugares  
Hay pesares,  
Si algun pesar me fastidia  
Y amarga esta vida corta,  
*Poco me importa.*

Un puro y una botella  
 Durante mi esplin consumó,  
 Y cuando acabo con ella  
 Cigarro y pesar son humo.  
 Los vapores de los dos  
 El cerebro me revuelven,  
 Y me vuelven  
 Tan feliz que ¡vive Dios!  
 Esta vida larga ó corta,  
*Poco me importa.*

---

Celestes apariciones  
 Gozan entonces mi ojos,  
 Y dichosas ilusiones  
 Satisfacen mis antojos.  
 En las vagas espirales  
 Fermentan del humo vano  
 De mi habano  
 Visiones tan celestiales  
 Que una vida larga ó corta  
*Poco me importa.*

---

¿Y en qué entonces me aventaja  
 Ningun sultan con su opio?  
 Si á su alma el Edem se baja  
 A mí me pasa lo propio.  
 A él le exalta la cabeza

Su ámbar, su pipa, y su vaso:

No hace caso  
De sí mismo en su pereza,  
Y una vida larga ó corta  
*Poco le importa.*

---

Y á mí el licor jerezano  
Del puro entre el humo azul  
Me hace igual al soberano  
De la soberbia Stambúl.  
Y en el insomnio dichoso  
De la embriaguez le tuteo,  
Y me creo  
Otro sultan poderoso,  
Y como á él la vida corta  
*Poco me importa.*

---

¡Qué diablos va de él á mí?  
Llévanle á el harem eunucos  
A que la desuelle allí  
Velado por mamelucos;  
Y á mí me arrastra á mi lecho  
Una muger cariñosa,  
Que afanosa  
Se desvela en mi provecho,  
Con quien la vida por corta  
*Poco me importa.*

Él enamora á una esclava  
 Que hácia él solo miedo abriga,  
 Y á mí de aplomarme acaba  
 Dulce beso de mi amiga:  
 A él las caricias le roba  
 Su esclava durante el sueño,  
     Y mi dueño  
 Me vela en mi misma alcoba,  
 Porque mi vida aunque corta  
     *Mucho le importa.*

---

A él le hace el opio tal vez  
 Soñar con alguna Hourí,  
 Y ver me hace una el Jerez  
 En cada muger á mí.  
 Él reina en Constantinopla,  
 Y yo mísero coplero  
     Cuando quiero  
 De él me río en una copla,  
 Y de su rabia si aborta  
     *Poco me importa.*

---

Y á él opio escesivo acaso  
 Le hace ponzoña mortal  
 De su café, y le abre paso  
 A su sepulcro imperial.  
 Mientras yo libre de afán

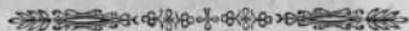
Despierto al placer mañana  
Con mas gana,  
Y aunque reviente el sultan  
Y deje á la Europa absorta  
*Poco me importa.*

---

# HIMNO

Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II

*en sus días.*



(Música del maestro Gradier.)

CORO.

*El sol abre su oriente  
Detras de tu dosel,  
Y ve la hispana gente  
Su sol en ti, Isabel.*

ESTROFA 1.<sup>a</sup>

En pós de largos años de belicoso duelo  
Tu cándida sonrisa nos vienes á mostrar  
Cual muestra sus colores el iris en el cielo,  
Cual sus rosadas luces el alba sobre el mar.

*Coro. El sol &c.*

ESTROFA 2.<sup>a</sup>

Tú, estrella de esperanzã en nuestras sombras eres,  
Tú, de mejores días apetecido sol,  
Tú, el angel que nos brinda la paz y los placeres,  
Tú, escudo á cuyo amparo se acoge el español.

*Coro. El sol &c.*

ESTROFA 3.<sup>a</sup>

Por tí nos olvidamos de la feroz pelea  
 De las sangrientas horas del tiempo que pasó,  
 Por tí tranquilo y solo nuestro pendon ondea  
 Que ayer en dos girones contrarios tremoló.

*Coro. El sol &c.*

ESTROFA 4.<sup>a</sup>

Por él de hoy mas osados con fé pelearemos,  
 De hoy mas al campo unidos iremos detras de él,  
 Bajo él, como españoles, con honra moriremos  
 Los nombres invocando de España y de Isabel.

## CORO.

*El sol abre su oriente  
 Detras de tu dosel,  
 Y ve la hispana gente  
 Su sol en tí, Isabel.*

(151)

ESTROFA 3.<sup>a</sup>

Por ti nos olvidamos de la labor patria  
De las sangrientas horas del tiempo que pasa,  
Por ti tranquilo y solo nuestros prados orlas  
Que aver en dos ritmos contrastes armonía.

A D. WENCESLAO AYGUALS DE IZCO.

EPÍSTOLA.

(EN VERSO PROSÁICO.)

Tienes, oh Wenceslao, cosas diabólicas,  
Ocurrencias fatales, como tuyas ;  
Y desdichas ¡ay Dios! tan hiperbólicas  
Traen para mí, que aunque de oirlas huyas  
Te las voy á encajar porque á mi antigua  
Y cerril libertad me restituyas.  
¿Dónde habrá ¡oh caro Izco! mas ambigua  
Situación que esta ruin en que me pones,  
A los trabajos de Hércules contigua?  
¿Escribir en la *Risa* me propones  
Y hacer reir? ¡A mí, que siempre he sido  
El cantor de la sangre y las visiones!  
¡A mí, que en todas partes me han tenido  
Por el buho mas negro y melancólico  
Que del furor romántico ha nacido!  
¡A mí, cuyo estro bárbaro y diabólico  
Espanta al sano público en la escena  
Con obras que espeluznan á un católico!

¿Yo hacer reir? ; pues la aprension es buena!  
 Con que te firme yo tu semanario  
 No queda al punto un suscriptor, y truena.

Mira lo que haces, Izco temerario,  
 Mira que te lo ruego por los cielos;  
 Ve tu empresa con ojos de empresario.

Porque si yo, cumpliendo tus anhelos,  
 Tiendo por tu papel mi negra pluma,  
 Te has de tirar muy pronto de los pelos.

Alíviame este peso que me abrumba  
 Renunciando á mis versos montaraces,  
 Que es lo que á entrambos nos conviene en suma.

Mas... áspero mohin veo que me haces  
 Esto leyendo... ¿en tu opinion te cierras?  
 No me resisto mas, tengamos paces.

Escribiré en la *Risa*, pues te aferras  
 En ello, Ayguals; mas sobre tí los daños  
 Que mis jovialidades desentierras.

Horrendas cosas escribí en cinco años;  
 Mas nueva luz en mí desde hoy sintiendo  
 De mano voy á dar á mis engaños.

Voy á reirme yo, reir haciendo  
 Al que no haga llorar, ridiculeces  
 Del mundo en que vivimos descubriendo.

Voy á hacerte reir, pero tus preces  
 Dirige al cielo, Ayguals, porque te juro  
 Que te voy á mostrar las desnudeces

De la verdad, en castellano puro;  
 No correcto tal vez, pero tan claro  
 Que ha de entenderlo el montañés mas duro.

Y a questo empeño para hacer mas raro  
 Por mí voy á empezar, ante tus ojos

Mostrándome cual soy bien sin reparo.

Perdona si tal vez te causa enojos

Mi ruin y flaca aparicion barbuda ;

Resultado es no mas de tus antojos.

Contempla pues mi humanidad desnuda,

Y piensa que cual yo te me presento

Voy á poner á los demas sin duda.

Yo soy un hombrecillo macilento,

De talla escasa, y tan estrecho y magro

Que corto andando como naipe el viento.

Y protegido suyo me consagro,

Pues son de delgadez y sutileza

Ambas á dos mis piernas un milagro.

Sobre ellas va mi cuerpo y mi cabeza

Como el diamante, al aire : y abundosa

Pelos me prodigó naturaleza,

De tal modo, que en siesta calurosa

Mis melenas y barbas estendidas

A mi persona dan sombra anchurosa.

Mi cara es como muchas que perdidas

Entre la turba de las otras caras

Se pasean sin ser apercibidas.

Mofadora espresion si la reparas

Muestra á veces, las mas indiferencia,

Y otras melancolía, aunque muy raras.

Cual soy me tienes pues en tu presencia

Visto por fuera, Wenceslao amigo,

Pero visto por dentro hay diferencia.

Que aunque soy en verdad, como te digo,

De hombre en el exterior menudo cacho,

Alma mas rara bajo de él abrigo.

Serio á veces, á veces vivaracho,

Tengo á veces arranques tan exóticos  
Que rayan en tontunas de muchacho.

Y otras veces los tengo tan despóticos  
Que atropello razones y exigencias  
Por cumplir mis caprichos estrambóticos.

Poco alcanzo en las artes y las ciencias,  
Y eso que *allá* los padres Jesuitas  
Me avivaron un tanto las potencias.

Mas yo dificultades infinitas  
En las ciencias hallando, echéme en brazos  
De las Musas. Mugeres y bonitas

Ellas, muchacho yo, caí en sus lazos;  
Y á fé que sus cariños me valieron  
Inútiles, mas sendos sermonazos.

Tantos fueron, que al fin me condujeron  
A oírlos con glacial indiferencia,  
Y en mí esta indiferencia produjeron

Con que miro las cosas (y en conciencia  
Aunque cual gran calamidad la lloro  
No la puedo oponer gran resistencia).

Alabo el bien y á la verdad imploro,  
Mas despierto con otra ventolera  
Y el mal ensalzo y la mentira adoro.

De esto viene el llamarme calavera;  
Mas si un día en razon meterme debo,  
¿Quién duda que lo haré como cualquiera?

Oscura vida, por mi gusto, llevo;  
Mas si llevarla del revés importa  
Lo hallo tan facil cual comerme un huevo.

La existencia no me es larga ni corta;  
En paz la paso sin placer ni pena;  
Como no tengo plan nunca me aborta.

Si una buena alma investigar serena  
 Quiere lo que yo soy, por mil caminos  
 Irá, y tal vez de la verdad agena.

Que (abreviando discursos peregrinos)  
 No sirve cuanto digo y cuanto hago  
 Para atar dos ochavos de cominos.

Porque soy todo yo tan raro y vago,  
 Que ni nadie me entiende ni me entiendo.  
 Lo que hice ayer, mañana lo deshago;

Dejo hoy tal vez lo que mañana emprendo,  
 Y así salen mis obras á mi antojo,  
 Aunque digas ¡oh Ayguals! "no lo comprendo."

Tal soy, como te he dicho, y algo flojo  
 Tal vez anduve: mi retrato es este.

Si á firmar tu periódico me arrojo

Voy á ser mas dañino que la peste;  
 Y he de sacar la pluma de mal año  
 Aunque tu misma enemistad me cueste.

Y pues donde cortar no falta paño  
 En esta ingerta sociedad de ahora,  
 Do el ridículo solo no es estraño,

Si me quieres así, sea en buen hora:  
 Reir me place, mas á costa agena,  
 Que es mas dulce reir, cuando otro llora.

Tu dirás que esta epístola no es buena,  
 Y que si ha de ser tal cuanto te escriba  
 Renuncias mis artículos sin pena.

Mas aunque bien dirás, en esto estriba  
 La escelencia mayor de estos renglones,  
 Pues de justicia es ley distributiva

Que si critico de otros las acciones,  
 Me esponga yo á su crítica primero,

Y les dé la razon de mis razones.

Con esto, Ayguals, contestacion espero  
 Recibir de tu puño, en versos frios

Y ásperos como clavos; lo que infiero

No de uno de mis muchos desvarios,  
 Sino porque contestes dignamente

A versos tales como son los mios.

Contesta pues, y riase la gente:

Que nos llame la *Risa* sus apóstoles,

Y aunque nos diga el vulgo irreverente

Que esto es tocar el órgano de Móstoles.

(187)

A MI AMIGO

## WENCESLAO AYUALS,

DIRECTOR DE LA RISA.

---

¿Con que ni puertas ni rejas  
De tí me pueden librar?  
¡Maldito Ayuals, no me dejas  
Un momento reposar!  
Ya encanece mis guedejas  
Lo que me haces cavilar,  
Zumbándome las orejas  
Con los ayes y las quejas  
Que me envías sin cesar.

Irrita pues, escorpion,  
 Mi lengua de basilisco  
 Con uno y otro arañon,  
 Con uno y otro mordisco.  
 Duréceme el corazon  
 Hasta dejarle hecho un risco  
 Para el duelo y compasion;  
 Mas ¡ay si rompe el turbion!  
 ¡ay si te coge el pedrisco!

¿Y quién habrá que lo impida?  
 ¿Quién ¡vive el cielo! me estorba  
 Darte una buena batida  
 Con esta peñola corva,  
 En tu propia hiel teñida?  
 Nadie... El corage me encorva  
 Y... Óyeme, Ayguals, por tu vida,  
 Que con tu mismá medida  
 Voy á templar mi tiorba.

Y pues luchador atlántico  
 En composicion esdrújula  
 Retas á mi estro romántico,  
 Ayguals, yo rompo mi brújula,  
 Y asi te vuelvo tu cántico.

---

Ya que persigues *frenético*,  
 Wenceslao, mi númen *lírico*,  
 Que rabia por lo *patético*,  
 Y para hacerme *satírico*

Me amenazas con lo de *ético*, (\*)

Seguiré tu plan *diabólico*;

Desde hoy agrio, amargo y *ácido*,

Mi zumbido *melancólico*

Será son alegre y *plácido*

Aunque me cueste un buen *cólico*.

¿Temes que mis fuerzas *bélicas*

Cedan, y me quede *exánime*?

Dudas tienes bien *angélicas*;

Verdades oye *evangélicas*,

Que contigo voy *unánime*.

Quien no sea hoy un *estólico*

Gran dosis de *metafísico*

Ha de llevar en su *físico*;

Que no es de moda lo *sólido*

Ya: lo elegante es lo *tísico*.

Veme á mí. Influencia *mágica*

Ejerzo en todo *espectáculo*;

Y el vulgo al verme con *báculo*

Caminar, y con faz *trágica*,

Me tiene por un *oráculo*.

¿Mas á Breton? ; Santa *Brigida*!

Al ver su panza de *ecónomo*

Le darán horchata *frígida*,

Le pondrán á dieta *rigida*

Como al mas fiero *gastrónomo*.

(\*) Y aqui si yo fuera empírico  
Te regalaba un cosmético,  
Y si encontrara otro en *irico*,  
Te daba tártaro emético.

La magrura es un *vehículo*  
Para hacer doctor en *fárragos*  
Al ético mas *ridículo*;  
Para sabios es de *artículo*  
Ser tan secos como *espárragos*.

Tal es nuestro siglo: *encárate*  
Con cualquier autor *dramático*,  
No hablemos de Gil y *Zárate*,  
Con Príncipe y yo *compárate*...  
¡Bah, tú eres un buey *Asiático!*

¿Qué hermosa mira con *ánimo*  
Vuestros contornos *exóticos*,  
Si los destinos *despóticos*  
Dan siempre á vientre *magnánimo*  
Los gustos mas *estrambóticos*?

Y si á cuestion *pantomimica*  
Lo reduces, ¿cuál mas *árida*  
De la de un gordo? La *química*  
A voces una *cantárida*  
Recetará á vuestra *mimica*.

Si á una muger (¡Santa *Mónica!*)  
En sitio público (¡*cáscaras!*)  
Diriges seña *lacónica*,  
Se quedará como en *máscaras*,  
Tendrá por risa *sardónica*,

Por amenaza *satánica*,  
La seña amante y *volcánica*,  
Y te tendrá por un *tábano*  
Que con torpeza *mecánica*  
No quiere soltar el *rábano*.

¡Bah! sé en lo gordo *metódico*,  
Y te jura tu *vulpécula*

Que aun á precio menos *módico*  
 Mas de moda tu *periódico*  
 Ha de ser, per omnia *sécula*.

El *amen* tú lo dirás,  
 Que de derecho te toca,  
 Pues fuera me le coloca  
 Tu metro de Barrabás.

Y pues te devuelvo exactos  
 Tus esdrújulos malditos,  
 Ya ves, me cuesta tres pitos  
 El cumplir con nuestros pactos.

Mas si en encomiar los gordos  
 Tú te me cierras fanático,  
 Pese á mi interes apático  
 Nos habrán de oír los sordos.

Porque, Ayguals, ni aqui ni en Flandes  
 Ha habido un gordo grande hombre,  
 Que á los gordos, no te asombre,  
 Les llama el vulgo hombres grandes.

Tal es el siglo en que estamos,  
 Siglo montado al vapor:  
 Cuanto mas peso, peor;  
 Con que los flacos ganamos.

Y da gracias á que hoy  
 No me siento para el paso,  
 Que sino os diera un repaso  
 Que hiciera ¡por San Eloy!

Vuestra derrota patente;  
 Mas porque no echas á broma  
 Lo que voy diciendo, toma,  
 Con lo que sigue entretente.

Sois un puro inconveniente  
 Vosotros los molletudos,  
 Y haceros en la piel nudos  
 fuera á mi ver muy prudente.

Prescindamos del apodo  
 Preciso de un barrigon,  
 Aquello de San Anton,  
 Pero con el cerdo y todo :

Prescindamos de que Utrilla  
 No sabe cómo ajustaros  
 Un chaleco sin ahogaros,  
 Ó un pantalon con trabilla ;  
 De que él se desacredita,  
 Y con fatal desengaño  
 Ve que no le queda paño  
 De vuestro frac ó levita ;

Prescindamos de lo caros  
 Que sois y poco económicos,  
 Vamos á los lances cómicos  
 En que teneis que encontraros.

Pues señor, que eres feliz,  
 Y que tu cara hermosura  
 Te recibe en noche oscura,  
 Y os veis nariz con nariz :

¿Dónde os esconde una trampa  
 Del tutor atrabiliario?  
 En baul, balcon ó almarion  
 Ni á pechugones se os zampa.

No hay asilo que se os dé,  
 No hay hueco en que esteis holgados ;  
 Si os cierran moris ahogados,  
 Y si no os cierran se os ve.

¿Y si vais de formacion?

El fusil y fornituras

Os prensan las asaduras,

Y sudais el corazon.

¿Si vais á un duelo? ¿qué azar!

Aunque el contrario sea manco,

Como oponéis tanto blanco

Por fuerza os ha de tocar.

Pues digo, ¿si es á pistola

Y os toca el tiro segundo?

¡Bah! despedíos del mundo,

Y que carguen su arma sola.

¿De qué os valdrá la fatiga

Que empleéis en perfilaros?

La bala al fin ha de entraros

Por mitad de la barriga.

¿Pues si viajais en carruage?

Basta solamente veros

Para que los compañeros

Pronostiquen un mal viaje.

Cualquier asiento es escaso

A vuestras asentaderas,

Y los puentes y escaleras

Rechinan á vuestro paso.

Si os caéis, ¿quién os levanta?

Pues casados y dormidos

Os supongo; ¿qué ronquidos!

La pobre muger se espanta.

Y si coge al fin el sueño

Sueña con un terremoto,

Y es que mugen como un choto

Las narices de su dueño.

Pues ¿si haceis el alma tierna?  
 ; Qué cariños tan brutales!  
 ; Como que son diez quintales  
 Cada brazo ó cada pierna!

Y paro aqui por lo grave  
 Del asunto, que sino  
 Hasta dónde fuera yo  
 Dios solamente lo sabe.  
 Por cuyas dos mil razones  
 Os llevamos gran ventaja,  
 Los hombres como una paja  
 A los hombres barrigones.

**FIN.**

(23)

## ÍNDICE DE ESTE TOMO.

	Páginas.
Introduccion. . . . .	1
Los borcegués de don Enrique (y notas). . . . .	13
Oriental. . . . .	53
Una aventura de 1360. . . . .	62
Las estocadas de noche. . . . .	75
El caballero de la buena memoria. . . . .	85
A María. (Plegaria). . . . .	153
Poco me importa. . . . .	154
Himno á S. M. doña Isabel II. . . . .	160
Epístola en verso prosáico. . . . .	162
A mi amigo D. Wenceslao Ayguals de Izco. . . . .	168